

GEOGRAFÍA

Editor Jaime Incer Barquero

incerjaime@gmail.com

Geografía e Historia son complementarias; por ellos muchas universidades tienen facultades de “Geografía e Historia” bajo el mismo rector. Por esa misma razón tenemos una Academia de Geografía e Historia de Nicaragua. La publicación en 1964 de la *Geografía de Nicaragua* (Terán, Francisco, y Jaime Incer Barquero. Managua: Banco Central de Nicaragua, 1964), marcó un hito en nuestros conocimientos geográficos. Fue la primera geografía realmente científica que se publicó en el país.



La Geografía juega un papel importante por los recursos naturales y la valoración social, económica y cultural de sus diferentes regiones. En ninguna otra sección de la Revista se puede valorar y sopesar la importancia de los 153 municipios, y las dos regiones autónomas. La geografía estudia la superficie de Nicaragua, las sociedades que la habitan y los territorios, paisajes, lugares o regiones, que la forman al relacionarse entre sí.

Publicaremos en esta sección ensayos geográficos. Del libro *Viajes, Rutas y Encuentros 1502-1838* publicaremos: Capítulo IV. Etno-geografía de la región conquistada, pp. 87-117; Capítulo X Misioneros en la boca de la montaña, que trata sobre las misiones franciscanas en la Taguzgalpa y Tologalpa a principios del siglo XVII. Capítulo XIV. Inventario de los pueblos a mitad del siglo XVIII, pp. 403-434; Capítulo XVII. Reconocimiento oficial de la Costa de los Mosquitos, pp. 489-512; Capítulo XIX. Viajeros y pueblos en la época post-independiente, pp. 543-562.

Igualmente podemos incluir en la revista las “Toponimias Indígenas de Nicaragua”, versión que actualmente estamos revisando, ampliando y actualizando, habiendo concluido la sección correspondiente a las toponimias mexicanas, acompañada con mejores mapas; sección que vamos a reproducir una

vez publicada toda la obra, según espero en unos tres meses. Espero revisar y concluir la sección que corresponde a las toponimias ulúa-matagalpas y sumus-mayangnas, quedando pendientes las toponimias miskitas para principios del año entrante y las pocas que he logrado identificar sobre los Rama y Guatusos.

Hace pocos días la Academia de Geografía e Historia, con el apoyo del Gran Ducado de Luxemburgo, dio a conocer el libro de Eduard Conzemius: "Estudio Etnográfico de los Miskitos y Sumus de Honduras y Nicaragua", para conmemorar los 100 años de la visita de su autor a la Mosquitia. Esta obra es una traducción mía, tras ser descubierta y extraída de un boletín póstumo de la Smithsonian, institución donde en 1988 estuve realizando información sobre todas las erupciones volcánicas registradas en Centroamérica, a partir de la conquista hasta 1924.

El libro de Conzemius fue publicado por Libro Libre, de Xavier Zavala, el cual no pudo divulgarse en Nicaragua en aquellos años sandinistas opuestos a la orientación política de esa editorial. Posteriormente fue reproducida y mejor editada por la Colección Cultural de la Fundación Uno, que por alguna razón no fue ampliamente divulgada, sino hasta esta fecha gracias al respaldo y apoyo de Luxemburgo.

Esta obra pionera podía ser publicada y divulgada por la Revista cuando así lo consideres. Desafortunadamente la Fundación Uno vendió toda la colección existente al Banco Central, sin indagar su destino. El Banco la embodegó en el sótano de sus oficinas en León, sin que conozcamos a la fecha sus destinatarios finales. ■

Rumbo a California, de Nueva York a Nicaragua en 1853

Harris Newmark

Traducido de Newmark, Harris, Maurice H. Newmark, and Marco R. Newmark. *Sixty Years in Southern California 1853-1913: Containing the Reminiscences of Harris Newmark*. Project Gutenberg, 2013.

<<http://www.gutenberg.org/ebooks/42680>>.

Las ilustraciones de Nicaragua fueron agregadas por le editor.

CAPITULO III

NUEVA YORK — NICARAGUA — THE GOLDEN GATE

1853

El 20 de septiembre, con cierta excitación por el temor de que los pasajeros de Nueva Orleans afectados por la fiebre amarilla fueran introducidos de contrabando en la ciudad a pesar de la vigilancia de las autoridades de salud, salí de Nueva York hacia Nicaragua, entonces popularmente conocido como el Istmo, navegando en el vapor Illinois como uno de los mil o mil doscientos viajeros recién llegados de Europa que se apresuraban a California en ese barco y el Star of the West. La ocasión brindó a mis numerosos conocidos una magnífica oportunidad de darme toda clase de consejos, en cuyo cribado se descartaba lo malo, mientras se prestaba cierta atención a lo bueno. Uno de los asuntos importantes mencionados fue el peligro de beber agua como la que se encuentra generalmente en los trópicos a menos que se mezcle primero con brandy; y esto me llevó, antes de partir, a comprarme una damajuana de un galón, una botella abultada destinada a figurar en un episodio ridículo de mi viaje de mar a mar. Puedo recordar poco del viaje a la costa oriental de Nicaragua. Nos mantuvimos bien mar adentro hasta que llegamos a las islas Bahama, cuando pasamos cerca de Mariguana, nos abrimos paso a tientas por el paso de barlovento y nos dirigimos hacia el este de la isla de Jamaica; pero recuerdo que se volvió más y más cálido a medida que avanzábamos más hacia el sur hasta aproximadamente el golfo Mosquito opuesto, donde cambiamos nuestra posición con respecto al sol, y que dedicamos nueve días a cubrir las dos mil millas o más entre Nueva York y San Juan del Norte o Pueblo Gris.¹⁵



Desde San Juan del Norte —en tiempos normales, un caserío de cuatrocientas o quinientas personas agrupadas cerca de una calle estrecha y sucia— avanzamos por el río San Juan, novecientos pasajeros apiñados en tres botes de fondo plano, hasta que, después de tres o cuatro días, nuestro progreso se vio obstaculizado, en Castillo Rapids, por una caída en el arroyo. Allí tuvimos que desembarcar y subir la cuesta, mientras nuestro equipaje se subía en un tranvía; después de lo cual continuamos nuestro viaje en botes más grandes, aunque todavía miserablemente empaquetados, hasta que casi llegamos a la desembocadura del lago de Nicaragua, cuando el agua se volvió tan poco profunda que tuvimos que confiar en los bongos inciertos, o canoas nativas que se volcaban fácilmente, o salir de nuevo y caminar. Sería imposible describir las dificultades experimentadas en estos pequeños barcos de vapor abarrotados, que no eran ni un cuarto del tamaño del *Hermosa*, que actualmente navegan entre el puerto de Los Ángeles y Catalina. La única agua potable que pudimos conseguir vino del río, y fue entonces cuando mi brandy cumplió su propósito: con la adición del licor, hice que la bebida fuera apetitosa y segura. Hombres, mujeres y niños, estábamos sedientos y empacados como arenques, y por la noche no solo prácticamente no había espacio entre los pasajeros durmiendo en cubierta, sino que las extremidades de uno seguramente interferirían con el cuerpo del otro. El calor era realmente intenso; los mosquitos parecían omnívoros; para agregar a lo cual, los oficiales nativos a cargo de nuestra expedición nos fastidiaron con sus trámites

mercenarios. Por una taza pequeña de café negro se cobraba cincuenta centavos, lo que da la impresión de que la comida escaseaba, de lo contrario nadie hubiera consentido en pagar tanto por tan poco. Esta parte del viaje estuvo repleta de miseria para muchos, pero afortunadamente para mí, aunque la empresa de transporte no brindó absolutamente ninguna comodidad, las dificultades no pudieron interferir con mi disfrute del encantador e incluso sublime paisaje que nos rodea por todos lados en este país tropical. Como el río no tenía gran anchura, nos encontrábamos a corta distancia del panorama cambiante en ambas orillas; mientras que la tierra vecina estaba cubierta de hermosas selvas y vegetación. Aquí vi por primera vez naranjos, limoneros y cocoteros. Se veían monos de muchas clases y tamaños; y los pájaros de colores variados eran abundantes, siendo visibles casi innumerables variedades de loros. Todas estas cosas eran nuevas para mí; y no obstante las grandes incomodidades bajo las que viajamos, repito que disfruté mucho.

Una caminata de una milla o dos a lo largo de la ribera del río, que permitió un ejercicio beneficioso, nos llevó a Puerto San Carlos, desde donde un bote más grande cruzó el lago hasta Virgin Bay, donde llevamos mulas para llevarnos a San Juan del Sur. Este viaje estuvo tan lleno de dificultades como de simpatía, y resultó tan interesante como divertido. Imagínense, por favor, novecientos hombres, mujeres y niños de los climas del norte, acostumbrados desde hace mucho tiempo a las costumbres de la civilización, precipitados repentinamente, bajo un sol tropical intensamente caliente, en un pequeño rellano centroamericano, que consta de unas pocas cabañas y algunas carpas baratas, improvisadas (utilizadas para salones y restaurantes), todos en busca de una mula o un caballo, los únicos medios de transporte. Difícilmente puede imaginarse la confusión que siguió necesariamente a la preparación de esta parte del viaje: la compañía de barcos de vapor proporcionó el ejército de animales y los turistas nerviosos proporcionaron el revoltijo! Cada uno de los novecientos viajeros temía que no

hubiera suficientes animales para todos, y la ansiedad de atrapar una bestia provocó una estampida.



Greytown 1852. 1852 Lámina Meyer San Juan Del Norte (Greytown), Nicaragua

En la lucha, me las arreglé para agarrar una mula fina, y en ese momento estábamos todos montados y listos para partir. Este conglomerado de humanidad presentaba, de hecho, un espectáculo ridículo; y realmente creo que debo haber sido la figura más grotesca de todas. He mencionado la damajuana de brandy, que un amigo me recomendó comprar; pero no he mencionado a otro amigo que me dijo que corría peligro de insolación en este clima y que me indujo a llevar un paraguas para protegerme de los feroces rayos del sol enervante. Imagíneme, entonces, nada demasiado bajo y muy lacio, a horcajadas en una mula, una gran damajuana en una mano y un paraguas verde extendido en la otra, cabalgando por este pueblo del sur, y prácticamente incapaz de contribuir en nada al curso del viaje. 17mule. Si el animal hubiera sido dejado a sus propios recursos, podría haber seguido la caravana; pero en mi ignorancia, intenté indicarle qué dirección debía tomar. Evidentemente, mi método no estaba de acuerdo con la tradición de guiar sólo en esa parte del mundo; y para abreviar la historia, la mula, con su triple carga, entró hábilmente en un restaurante, de la manera más inocente y para gran diversión de los comensales, pero para terrible vergüenza y

consternación del jinete. Después de algunas dificultades (porque el restaurante no estaba destinado a las maniobras necesarias), nos sacaron de la tienda. Esta experiencia me mostró la necesidad de abandonar el paraguas o el brandy; y al saber que se podía tomar limonada en algunos puntos de la ruta, me despedí de la damajuana y de su estimulante contenido. A partir de ese momento, aunque yo seguía mostrando inexperiencia en el control, su mula y yo aprendimos a entendernos poco a poco, y las cosas progresaron muy bien, a pesar del intenso calor y el cansancio propio de cabalgar tanto tiempo de una manera tan desacostumbrada. La limonada, aunque tibia y, por lo tanto, cara a diez centavos el vaso, ayudó a calmar mi sed; y como el paisaje era maravilloso, obtuve todo el beneficio y el placer posibles del corto viaje.

En total, recorrimos unas doce millas en mula o a caballo, y finalmente llegamos, como a las cuatro de la tarde del día que habíamos iniciado, en San Juan del Sur, dejando así atrás lo más desagradable de este incómodo viaje. Aquí puede ser interesante agregar que, en nuestro camino a través del Istmo, nos encontramos con una multitud de viajeros decepcionados que regresaban del Golden Gate, en su camino hacia Nueva York. Eran un grupo desanimado y declararon en voz alta que California era nada menos que un fiasco; pero, afortunadamente, prevaleció esa debilidad de la naturaleza humana que impulsa a cada hombre a ganarse su propia experiencia, de lo contrario, siguiendo los consejos de esta gente desconcertada, algunos de nosotros podríamos haber vuelto sobre nuestros pasos y así alterado por completo nuestros destinos. No fue hasta la publicación, años más tarde, de las Memorias personales del general WT Sherman, 18 que supe, con un interés peculiar, que el entonces soldado en ascenso, que regresaba a California con su joven esposa, su bebé y su niñera, se había embarcado en realidad desde Nueva York. el mismo día que yo, llegué a San Francisco el mismo día que llegué, y que por lo tanto los Sherman, cuya

experiencia con las mulas no fue menos penosa y ridícula que la mía, debieron ser miembros del mismo grupo con yo al cruzar el istmo infestado de mosquitos.



Cementerio detrás de aeropuerto de Greytwon

No hubo una variación apreciable de temperatura mientras estuve en Nicaragua y en San Juan del Sur (cuya parte más antigua, al igual que San Juan del Norte, era una aldea de tipo hispanoamericano con una calle principal, arriba y abajo, matando el tiempo, vagué) el calor era tan opresivo como lo había sido antes. La gente a menudo se refugiaba al aire libre, un hotelero llamado Green alquilaba hamacas, a un dólar cada una, cuando todas sus camas estaban ocupadas. Contraté una de estas hamacas; pero al no estar acostumbrado a semejante alojamiento aéreo, me sentí desparramado sin ceremonias, durante un sueño profundo en la noche, cayendo sólo unos pocos pies, pero pareciendo, para mi agitada imaginación, deslizarme hacia abajo por un espacio ilimitado. Aquí puedo mencionar que esta Ruta de Nicaragua fue el boom de la creación de un servicio competitivo generalmente entendido como iniciado por aquellos que pretendían, a la primera oportunidad, venderse; y que como todos esperaban empacar y seguir adelante con poca antelación, San Juan del Sur, repentinamente agrandado por el ir y venir de aventureros, era por el momento en parte una comunidad de tiendas de campaña, presentando un aspecto sumamente inestable. Un pequeño riachuelo pintoresco fluía por la ciudad y hacia el Pacífico; y allí un compañero de viaje, L. Harris, y yo decidimos refrescarnos. Tan pronto como se

acordó, se hizo; pero un transeúnte nos informó con entusiasmo que el riachuelo estaba infestado de caimanes, no tardamos muchos segundos en seguir su consejo de salir, escapando quizás de un destino similar al que sobrevino, sólo unos años después, a un pariente cercano. de la Sra. Henry Hancock.

Al anochecer, al día siguiente de nuestra llegada a San Juan del Sur, la terminal del Pacífico, los nativos nos llevaron a través del oleaje hasta botes pequeños, y así nos trasladaron al vapor Cortez; y luego partimos, en medio de un gran regocijo, en el último tramo de nuestro viaje. Navegamos en dirección norte, sobre un mar en calma y en las circunstancias más favorables, aunque el intenso calor era de lo más desagradable. En el transcurso de aproximadamente una semana la temperatura descendió, porque nos estábamos acercando constantemente a una zona menos tropical. Finalmente, el 16 de octubre de 1853, ingresamos al Golden Gate.

A pesar del lapso de muchos años, esta primera visita a San Francisco nunca ha sido olvidada. La belleza del puerto, las elevaciones circundantes, la magnificencia del día y la alegría de estar al final de mi viaje, dejaron una impresión de placer que todavía está fresca y agradable en mi memoria. Todo San Francisco, por así decirlo, se sintió atraído por el muelle y el entusiasmo se desbocó. Jacob Rich, socio de mi hermano, estaba allí para recibirme y, sin ceremonia, me acompañó a su casa; y bajo su hospitalario techo permanecí hasta la mañana en que partiera hacia el sur todavía más soleado.

San Francisco, en 1853, se parecía mucho a una ciudad fronteriza, desprovista de estilo u otras evidencias de progreso permanente; sin embargo, estaba muy despierto y animado en extremo. Lo poco que se había construido, malo y bueno, después de la primera avalancha de buscadores de oro, había sido destruido en los cinco o seis incendios que arrasaron la ciudad justo antes de mi llegada, de modo que los mejores edificios que vi fueron de prisa y, por la mayor parte, de la construcción del marco. También abundaban las tiendas de campaña, de todos los tamaños, formas y colores. Recuerdo que me asombró la falta de civilización tal como yo la entendía, la relativa ausencia de mujeres y el espectáculo de la gente que andaba por las calles a caballo como loca. Todo tipo de excitación pareció llenar el aire; en todas partes había una notoria falta de reposo; y tal vez nada se ajuste mejor a la escena que describiría que unas líneas de una canción popular de esa época titulada San Francisco en 1853:

Ciudad llena de gente

En una ráfaga de negocios;

El lema de todos

iPrisa! iPrisa! iPrisa!

Cada rincón y esquina

Lleno a rebosante:

Como una locomotora

¡Todos van!

Una cosa en particular me llamó la atención, y fue el estado inestable de la superficie sobre la que se estaba construyendo la nueva ciudad. Recuerdo, por ejemplo, la gran cantidad de arena que continuamente soplab a las calles desde las dunas de arena que se formaban ininterrumpidamente en los interminables lotes baldíos, y cómo la gente, después de un fuerte viento de la noche, encontraba pequeños montículos de arena frente a sus tiendas y residencias; de modo que, ante la ausencia de un esfuerzo municipal para mantener en orden las vías, los propietarios se dedicaron repetidamente a barrer la acumulación de arena, para que no se abrumaran. Las calles no estaban niveladas, aunque algunas estaban cubiertas con tablas para pavimentar, y presentaban en conjunto un aspecto de incertidumbre tal que bien podría creerse el testimonio del general Sherman de que, en invierno, había visto caer mulas, incapaces de levantarse, e incluso había presenciado uno se ahoga en un charco de barro. Aceras, propiamente hablando, no las había. Los tablones y cajas —algunos llenos de productos aún no desempaquetados— estaban colgados en líneas irregulares, lo que requería el aplomo de un acróbata para caminar, especialmente de noche. Mientras caminaba por los montones de arena o caía sobre los obstáculos diseñados como aceras, mis pensamientos volvieron, muy naturalmente, a mi hermano que me había precedido en San Francisco dos años antes; pero no fue hasta algunos años después que supe que mi distinguido compatriota, Heinrich Schliemann, destinado a vagar más lejos a Grecia y Asia Menor, y allí en busca de la antigua Troya, no sólo había recorrido los lotes de arena en el de la misma manera en que lo estaba haciendo, pero, conmovido por el descubrimiento del oro y la admisión de California en la Unión, incluso había adquirido la ciudadanía estadounidense. Schliemann visitó California en 1850 y se naturalizó; ¡Creo que nunca repudió el acto que convierte al más grande explorador de la antigua Grecia en un burgués de los Estados Unidos!

Durante mi corta estadía en San Francisco, antes de partir hacia Los Ángeles, hice las rondas habituales bajo la guía de Jacob Rich. Recién llegado de los trópicos, no me proporcionaron un abrigo; y como el aire era frío por la noche, mi anfitrión, que vestía una talma o capa grande, me prestó un chal, que entonces se usaba más que ahora. Rich me llevó a un concierto que se llevó a cabo en una choza de madera de un piso, por lo que quedé muy sorprendido; y luego visitamos varios lugares de juerga más ruidosa. Así como descubrí que fue unos días

después en Los Ángeles, San Francisco estaba lleno de tabernas y casas de juego; y estas instituciones contrastaban tanto con las características de la vida europea a las que estaba acostumbrado, que me causaron una fuerte impresión. No hubo restricciones de ningún tipo, ni siquiera un límite legal a su número, y las personas se dedicaban a estas empresas porque, con toda probabilidad, eran las más rentables. Tales complejos atrajeron a criminales o desarrollaron en ciertas personas una propensión latente a la mala conducta, y tal vez no sea de extrañar que Walker, pero el verano anterior, debiera haber elegido San Francisco como sede para su expedición filibustera a la Baja California. Con mucho, el hombre del que más se hablaba de esa época era Harry Meiggs, conocido popularmente como el "Harry el honesto", que se dedicaba a diversas empresas y era un buen mecenas de los esfuerzos cívicos y eclesiásticos. Evidentemente, él era la vanguardia de la organización boomer y construyó el Long Wharf en North Beach, en un lugar ahora en las calles Commercial y Montgomery, donde más tarde el convicto australiano, que intentaba robar una caja fuerte, fue capturado por el Primer Comité de Vigilancia; y tanto era Meiggs la envidia de las personas menos pirotécnicas aunque más importantes, que repetidamente me llamaron la atención, durante mi breve estancia en San Francisco, sobre lo que se consideraba su prodigiosa prosperidad. Pero Meiggs, tan útil como era para la sociedad de su época, finalmente terminó su carrera falsificando una gran cantidad de vales de la ciudad (muchos de los cuales vendió a WT Sherman y sus socios bancarios), y huyendo a Perú, donde se hizo prominente como banquero y desarrollador de minas.

Situada en la Plaza, donde, pero tres años antes, el 22 de la admisión de California como Estado, la reunión de pioneros en busca de oro y nativos lazos había sido simbolizada con banderas ondeantes, y las treinta y una estrellas estaban clavadas en un tosco poste. —Era El Dorado, el lugar de juego y el salón más lujoso de Occidente, a pesar de la existencia cercana de Bella Union, Parker House y el Empire. La música, particularmente los aires nativos españoles o mexicanos, jugó su papel allí, así como otros atractivos; y gran parte de la vida del pueblo palpitante se centró en esa localidad. Tengo la impresión de que el frente de agua era entonces Sansome Street; y si esto es correcto, dará una idea del gran territorio de San Francisco que se hace tierra.

Como entonces no había una línea de tramo entre San Francisco y el sur, me vi obligado a continuar mi viaje por mar; y en la mañana del 18 de octubre, abordé el vapor Goliah, cuyo capitán era Salisbury Haley, anteriormente un topógrafo de Santa Bárbara, con destino a Los Ángeles, y anunció que pararía en Monterey, San Luis Obispo, Santa Bárbara y uno o dos más desembarcos antes importantes, pero ahora más o menos olvidados. No había muelles en ninguno de esos lugares; los pasajeros y la carga fueron llevados a tierra en pequeñas embarcaciones; y cuando se acercaron a aguas poco profundas, los marineros

llevaron todo a tierra firme. Esta actuación dio lugar, en ocasiones, a situaciones más molestas; los barcos volcaban y arrojaban a sus pasajeros al agua, creando una alegría que disfrutaban más los que estaban seguros de que las propias víctimas. El 21 de octubre llegamos aproximadamente a una milla de San Pedro y desembarcamos de la manera descrita anteriormente, sin haber sufrido afortunadamente un percance como el que les sucedió a los pasajeros del vapor Winfield Scott que, viajando desde Panamá, un mes más tarde, a la medianoche golpeó una de las islas Anacapa, ahora perteneciente al condado de Ventura, corriendo muerta contra las rocas. Con el tiempo, la embarcación se hizo añicos y los pasajeros, varios cientos, se vieron obligados a acampar en la isla durante una semana o más.

Casi desde el momento de la primera visita de un vapor a San Pedro, el Gold Hunter (un side-wheeler que hizo el viaje 23 de San Francisco a Mazatlán en 1849), y ciertamente desde el día de enero de ese mismo año cuando Temple & Alexander montó su vehículo de cuatro ruedas, que costaba mil dólares y el segundo en el condado, había competencia en el transporte de pasajeros a Los Ángeles. Phineas Banning, Augustus W. Timms, J. J. Tomlinson, John Goller, David W. Alexander, José Rubio y B. A. Townsend estaban entre los comisionados más emprendedores; y su intensa rivalidad provocó dos aterrizajes: uno controlado por Banning, que había llegado a Los Ángeles en 1851, y el otro por Timms, que dio nombre a una de las terminales. Antes de irme de San Francisco, Rich me entregó una carta de presentación de Banning, quien entonces era conocido, si mal no recuerdo, como Capitán, aunque más tarde fue llamado sucesivamente Mayor y General, al mismo tiempo declarando que este caballero era un



comerciante de reenvío. Ahora bien, en las ciudades europeas donde antes había vivido, los comerciantes en comisión y en tránsito eran una clase digna y, a mi modo de pensar, aristocrática, que siglos de experiencia comercial habían llevado a una gentil perfección; y se habrían encontrado completamente fuera de su elemento si sus operaciones hubieran exigido su traslado repentino, en los años cincuenta, a la costa occidental de América. De todos modos, al llegar a San Pedro esperaba encontrarme con un hombre vestido de uniforme o de Príncipe Alberto, con sombrero de copa y otros accesorios apropiados, y es imposible describir mi asombro cuando me señalaron a Banning; porque no sabía absolutamente nada de los métodos toscos en boga en la costa del Pacífico. Estaba de pie ante mí un hombre muy grande y poderoso, sin abrigo y sin chaleco, sin corbata ni cuello, y vistiendo pantalones al menos quince centímetros más cortos, un par de brogans y calcetines con grandes agujeros; mientras que los tirantes de colores brillantes se sumaban al efecto pintoresco de su disfraz. No es mi deseo ridiculizar a un caballero que, durante su vida, iba a ser un buen y constante amigo mío, sino más bien dar a mis lectores una idea de la vida en Occidente, así como presentar mis primeras impresiones del sur. California. El caso es que Banning, a su manera, era incluso entonces un hombre de negocios tal que había comprado, sólo unos meses antes, unos quince carros y casi cinco veces más mulas, y había pagado casi treinta mil. dólares para ellos. Enseguida le entregué la carta en la que Rich había dicho que yo sabía muy poco inglés y que sería un favor para él si Banning

me ayudara de manera segura en mi camino a Los Ángeles; y Banning, habiendo asimilado el contenido de la comunicación, me miró de pies a cabeza, me estrechó la mano y, con voz estentórea (lo bastante fuerte, pensé, para ser escuchado más allá de las colinas), me llamó de buen humor: "Wie geht's ? " Después de lo cual, abriendo camino y estrechándome la mano nuevamente, me proporcionó un buen lugar en el escenario.

No se perdió ni un minuto entre la llegada de los pasajeros y la salida de los autocares hacia Los Ángeles a principios de los años cincuenta. La competencia referida desarrolló una tendencia a las carreras que fue la comidilla del pueblo. La empresa que realizaba el viaje en el menor tiempo habitualmente obtenía, a través de apuestas animadas, la mejor publicidad y el mayor patrocinio; de modo que, desde el momento de salir de San Pedro hasta la llegada definitiva a Los Ángeles dos horas y media después, avanzamos a una velocidad vertiginosa, por caminos recorridos lentamente, pero unos años antes, por el cañón de Stockton. Estos caminos, que nunca habían sido cuidados y menos inspeccionados, eran abominables; ya menudo me he preguntado que durante tales concursos no hubo más accidentes. Los escenarios eran de la variedad occidental común, y de cuatro a seis broncos eran siempre una característica del equipo. No se había prestado especial atención al arnés y todo era más o menos primitivo. El escenario estaba provisto de cuatro filas de asientos y cada fila, como regla, estaba ocupada por cuatro pasajeros, la primera fila incluido el conductor a menudo bilioso; y la tarifa era de cinco dólares.



Poco después de dejar San Pedro, pasamos junto a miles de ardillas terrestres y, como nunca había visto nada parecido, las tomé por ratas comunes. Este no fue un descubrimiento atractivo; y cuando más tarde pasamos por varios ranchos y vi carne de res cortada en tiras y colgada sobre vallas para que se seque, parecía que había aterrizado en otro planeta. Pronto supe que la carne seca o, como la llamaban los nativos aquí, carne seca (más generalmente conocida, tal vez, al menos entre los hombres de la frontera, como carne de vacuno "jerked" o cecina) era un artículo alimenticio importante en el sur de California; pero por las reminiscencias de varios pioneros que he conocido, es evidente que asombró a otros tanto como a mí.

Habiendo llegado a Half-Way House, cambiamos de caballos; luego continuamos y nos acercamos a Los Ángeles por la calle San Pedro, que era un camino angosto, posiblemente de no más de diez pies de ancho, con viñedos en crecimiento bordeados por sauces a cada lado del camino. Fue un domingo y en medio de la temporada de la uva que vi por primera vez la Ciudad de los Ángeles; ya estos hechos en particular debo otra primera impresión extraña y desfavorable del vecindario. Gran parte del trabajo relacionado con la industria de la uva lo realizaban indígenas y mexicanos nativos, o californianos, como se les llamaba, y todos los sábados por la noche recibían su paga. Durante la noche del sábado y el domingo durante todo el día, se embriagaron hasta la risa y la embriaguez, y

esta disipación duró hasta la noche del domingo. Luego se durmieron y estuvieron listos para trabajar el lunes por la mañana. Durante cada período de excitación, de uno a tres o cuatro de estos juerguistas fueron asesinados. Como nunca antes había visto indios, supuse que representaban la ciudadanía de Los Ángeles, un gracioso error por el que se me podría perdonar si se piensa que nueve de los cuarenta y cuatro fundadores de Los Ángeles eran indios y que, según un censo oficial realizado el año anterior, el condado de Los Ángeles en 1852 tenía alrededor de tres mil setecientos indios domesticados entre una población de poco más de cuatro mil blancos; y este error en cuanto al típico burgués, junto con mis experiencias anteriores, se sumó a mi asombro.

Por fin, con gritos y alaridos de los conductores en competencia, casi tan ensordecedores como el bocinazo de una fecha algo posterior, y aparentemente aclamados por todos los habitantes y perros de la ruta, llegamos al único hotel real de la ciudad, el Bella Union, donde se detuvieron los escenarios y se llevaron a cabo todas las funciones de la ciudad. Este hotel era una casa de adobe de un piso, ampliada en 1858 a dos pisos, y ubicada en Main Street sobre Commercial; y el Dr. Obed Macy, que lo había comprado la primavera anterior a Winston & Hodges, era el propietario.

Mi amigo, Sam Meyer (ahora fallecido, pero durante cincuenta años o más tesorero de Cuarenta y dos, la logia masónica más antigua de Los Ángeles), que había venido aquí unos meses antes que yo, esperaba la llegada del escenario y en una vez me reconoció por mi disfraz, que no estaba en armonía con la moda del sur de California de esa época. Mi hermano, J. P. Newmark, que no me había visto durante varios años, pensó que nuestra reunión debería ser privada, por lo que le pidió a Sam que me mostrara su tienda. Inmediatamente me llevaron al lugar de trabajo de mi hermano donde me recibió con gran cariño; y en ese momento renovamos esa asociación solidaria que se prolongó durante muchos años, hasta su muerte en 1895.

Placeres y Peligros del Viaje a California en 1849

Roger S. Baldwin, Jr.

Traducido de *Tarrying in Nicaragua*, [Century Magazine, Vol. 20, May-October 1891](#), páginas 911-931. Tarrying significa en inglés "estadía". El autor Mr. Baldwin parece ser una persona educada, pero sin notoriedad alguna. Pensamos que era una persona con educación por el vocabulario que emplea. Quizás se graduó en Yale University, y quizás era hijo de Roger Sherman Baldwin¹ por el uso de Junior al final de su nombre. El escrito de Baldwin fue publicado 42 años después de su estadía en Nicaragua.

La revista Century fue publicada por primera vez en los Estados Unidos en 1881 por The Century Company de la ciudad de Nueva York, que había sido comprada ese año por Roswell Smith y rebautizada por él como Century Association. Fue el sucesor de Scribner's Monthly Magazine, y dejó de publicarse en 1930.

EN los últimos días de 1848 un número de jóvenes graduados de Yale, unidos por amistad casi fraternal y la asociación de largos años de vida escolar y universitaria, de repente se apoderaron de un anhelo de unirse a la multitud que desde todas las partes de nuestro país se abrió camino por todos los caminos conocidos y desconocidos hasta los campos de oro recién descubiertos de California.

No fueron principalmente a buscar oro. Para algunos de ellos eso fue una remota contingencia. Pero sus estudios profesionales se cumplieron, su antigua compañía se rompió y sentían la serie de aislamiento y desánimo inevitable para los primeros meses de vida profesional, cuando todos los negocios que valían la pena tener ya parecían capturados por los mayores y más experimentados. En este estado de transición, y con advertencias para algunos que los ojos o la salud estaban cediendo, se prepararon, como yesca para el acero, para disparar contra las historias fascinantes; luego llenando nuestros papeles y volando de boca en boca, de esta nueva región de fabulosa riqueza, con sus fértiles ranchos y maravillosos paisajes, su vida libre y aventurera, su clima afable y sus

¹ Roger Sherman Baldwin (4 de enero de 1793-19 de febrero de 1863) fue un político estadounidense que se desempeñó como gobernador 32 de Connecticut de 1844 a 1846 y senador de los Estados Unidos de 1847 a 1851. Como abogado, su carrera fue más notable por su participación en el caso Amistad de 1841.

oportunidades doradas para cada uno en su propia línea, y para responder a su llamado para entrar y poseer la tierra, y ayudar en la fundación de un gran Estado.

No hay ningún otro rincón de la tierra que parezca nuevo tan remoto como parecía entonces California. Pasar por los vapores Howland y Aspinwall, luego navegar con tolerable regularidad por Lo Chagres una vez al mes, suponría una gran demora, ya que descubrieron que todos los billetes de pasajero se habían estropeado durante muchos meses. Además, a menudo había una gran detención al cruzar el Istmo, y siempre se rezaba allí. Pero había muchas otras formas de elegir. Los diarios estaban abarrotados de anuncios de rutas nuevas y muy aclamadas, por las que hombres emprendedores se iban levantando empresas para pasar con seguridad "en sesenta días", el "tránsito rápido" de la época. Los bergantines y los cazadores, desde los más pequeños hasta los más grandes, fueron retirados de otros trabajos y apresuradamente limpiados y acondicionados para "un número limitado de pasajeros" que daban la vuelta al cabo de Hornos, o a uno de los muchos puertos del Atlántico desde donde atravesar el Pacífico, y cualquier barco que pudiera llevarlos allí, era factible.

Al fin, el carácter interesante de la región a atravesar, junto con la agradable dirección y las seductoras promesas del dueño de la empresa, llevó a los hombres de Yale a decidirse por la Línea de Pasajeros de Gordon vía Nicaragua y El Realejo.

La historia de este viaje se cuenta en extractos de cartas escritas a casa en ese momento, principalmente por alguien que fue a California solo para encontrar una tumba temprana. Damos a continuación una copia del recibo que se le entregó con una declaración del plan de Gordon.

State Room Passage.

GORDON'S PASSENGER LINE

TO

SAN FRANCISCO, via LAKE NICARAGUA AND
REALEJO.

*Received of ROGER S. BALDWIN, JR., the sum of
one hundred and thirty dollars being in part for his
passage to SAN FRANCISCO, in the above line.*

Con el pago del saldo Ciento Treinta Dólares, este Recibo asegura el pasaje de él en el Mary, Captain Hayes, de Nueva York a San Juan De Nicaragua, de allí

por Steam Boat *Plutus* a GRANADA, en el Lago de Nicaragua; o, si la navegación lo permite, a Managua, Mateares o Nagarote en el lago León, según sea más conveniente para el desembarco; y un pasaje de El Realejo, en el Pacífico, a San Francisco, con hamaca, cama y ropa de cama para el viaje, y alojamiento en el Campamento durante la detención en ruta.

Se proporcionarán las siguientes disposiciones, así:

El abonado se servirá durante los viajes, y en el lago y la tierra, si las circunstancias lo permiten.

Se espera que los Pasajeros de Salón entren en el comedor, y los caballeros en rotación para recibir y servir sus propias comidas de los cocineros (de la manera que se persigue en el Servicio de los EE. UU.). A los pasajeros que tomen las salas estatales se les proporcionará un delegado que esperará una tarifa de \$5 por cada pasajero. Las disposiciones son similares en ambos casos.

Cien libras de equipaje personal se transportarán gratis si se empaquetan en valijas o bolsas redondas cubiertas que no pesen más de 125 libras cada paquete; flete por encima de ese peso tomado a \$ 6 por cada libra. Los pasajeros se espera que ayuden a empacar, estibar y descargar Equipaje y provisiones si es necesario.

Cualquier cargo adicional por pasaportes o tipos de tránsito correrá a cargo de cada pasajero. Un agente de la Línea en San Juan o San Carlos se encargará de tramitar la aduana general sin cargo.

Los caballeros pasajeros, si es necesario, deberán caminar de Granada o Lago León al Realejo (de 1½ a 3 días marcha).

La Línea proporciona un agente para fletar embarcaciones en Panamá, Acapulco y otros puertos del Pacífico, a fin de evitar la detención en el Realejo.

En el caso de que no se obtengan embarcaciones, se reembolsarán \$75 del dinero del pasaje y las provisiones de 60 días de provisiones a cada pasajero en el Realejo, que procurará el pasaje en los Vapores Correo que toquen el puerto.

A la llegada de los pasajeros a San Francisco, cada pasajero le será entregado

Un barril de galleta blanca

½ barril harina

1½ lb. de té, en paquetes de ½ lb de peso.

6 libras de café molido, en paquetes de 1 libra de peso. 15 libras de azúcar blanca.

Queso (en la caja) alrededor de veinte libras. que proporcionará a una persona todas las provisiones necesarias, excepto la carne, durante tres meses.

Cada pasajero de Caballeros debe proporcionar por sí mismo un rifle o mosquete. Toda la pólvora debe colocarse positivamente en manos del Agente de la línea.

GEO. GORDON

Debían salir de Nueva York la primera semana de febrero, y antes de la segunda semana de abril para estar en San Francisco, listos, entre los primeros, para aprovechar la oportunidad y montarse en la marea de la fortuna cuando está alta. Día tras día se encontraban con el bergantín a la hora señalada, pero pasaron casi tres semanas antes de que éste zarpara.

SAN JUAN DE NICARAGUA [GREYTOWN], 20 de marzo de 1849.

ESTIMADO M____:

Salimos de Nueva York la mañana del 2 de febrero en un bello bergantín con ciento treinta y seis pasajeros, con destino a California por la ruta inexplorada de Nicaragua, y bajo contrato para ser atravesado en sesenta días. Después de dar vueltas en un vendaval que nos sorprendió frente a las Bermudas, una hermosa mañana nos despertamos y vimos a Haití a nuestra derecha, y todo el día navegamos bajo sus hermosas y audaces costas.

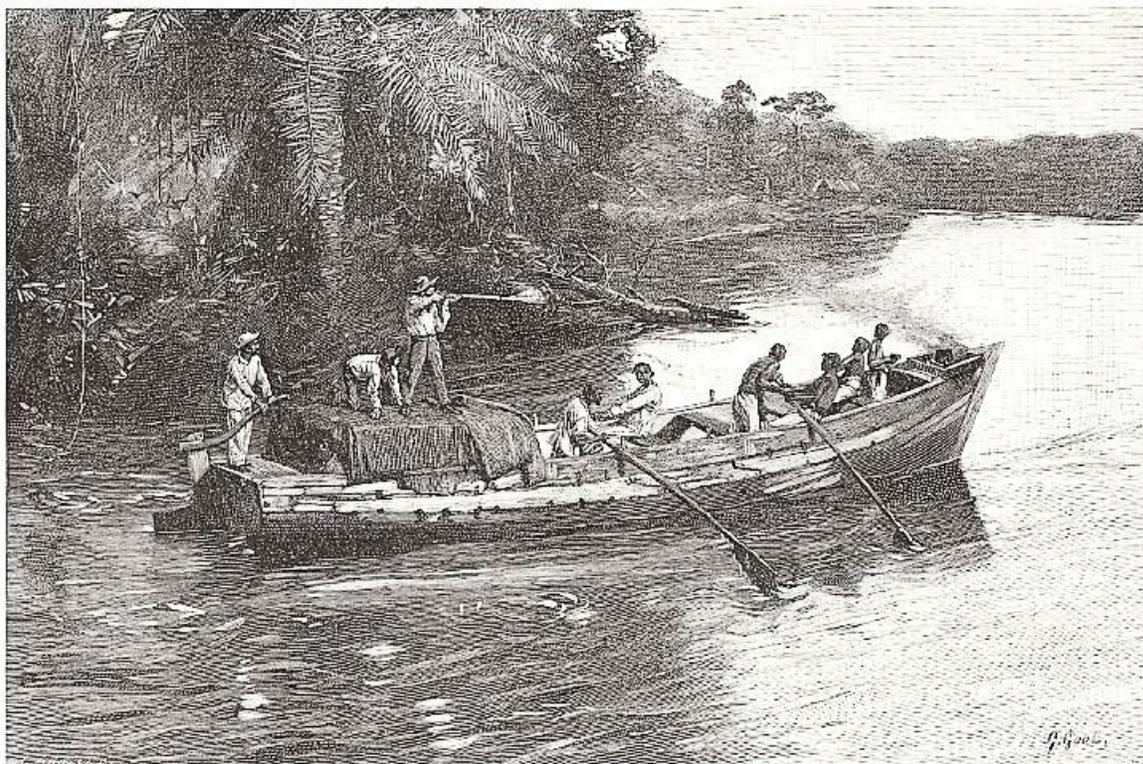
A partir de ese momento apenas movimos una vela, sino que cruzamos el mar Caribe directo a San Juan, con un viento siempre a popa, cielos soleados durante el día y brillantes noches de luna. El clima más delicioso que nunca experimenté. En la mañana del 12 de marzo llegamos a la tierra de Costa de Mosquitos y, navegando veinte o treinta millas, llegamos a anclar por la tarde en un pequeño y acogedor puerto en la desembocadura del río San Juan. Nunca me sorprendió más que al ver este lugar por primera vez. había esperado que fuera como Chagres, una colección de chozas en algún punto bajo y pantanoso, y completamente desprovisto de toda belleza o interés; pero lo encontré uno de los pequeños lugares más bonitos y encantadores en los que jamás fue mi felicidad caer. Cuando entramos, parecía una imagen. La pequeña bahía con sus tres o cuatro islas, bordeado por una hermosa playa, en el exterior de la cual rodaba un fuerte oleaje, mientras que dentro todo estaba calmo y quieto; las casas de caña de techos empinados, cubiertos con paja juntas, que se agrupaban dejando el denso bosque que había detrás; y las cumbres vagamente vistas de las lejanas montañas de Nicaragua, me convirtieron en uno de los paisajes más hermosos que jamás haya contemplado. Mi corazón rebosaba de alegría, y en estos bosques tuve muchos y hermosos paseos. ¡Qué extraño parece caminar bajo naranjos,

limoneros, tamarindos y palmas; estar recogiendo guayabas y mangos; desayunar filetes de caimán y cenar jabalí! Deberías haberme visto esta mañana, sentado bajo un cocotero, del que había caído una nuez del tamaño justo, cortando la punta con mi machete y bebiendo los ricos cocos, leche pulposa, observando con un ojo un par de lagartos de aspecto sospechoso y con el otro una tropa de unos cincuenta monos que realizaban todo tipo de payasadas para mi única diversión. Me adentré unas cuatro o cinco millas en el bosque, y todo en mí era tan extraño, tan diferente de nuestros bosques de Nueva Inglaterra por los que estaba acostumbrado a vagar, que me sentí realmente inclinado a dudar de mi propia identidad. Por un lado, habría un gran cactus con hojas de quince o veinte pies de largo y llenas de flores carmesí brillantes, por el otro, largas colas que cuelgan



sesenta pies de grandes árboles de tamarindo y tinte. Me rodeaban palmas, cuyos capullos medían cinco o seis pies de largo. En los pequeños pantanos florecían algunas hermosas variedades de cala, y en las ramas de los árboles había algunas de las aves más brillantes que jamás haya visto: lapas y loras. De vez en cuando comenzaba un pavo salvaje, y hacia el mediodía hice un doble disparo a una inmensa manada de cerdos salvajes, pero ambos fracasaron. Disfruto mucho con estos paseos. Todos los días, mientras algunos de nuestro grupo se reclinan en sus hamacas y se quejan del calor del sol, yo camino por el bosque con mi rifle o escopeta al hombro, o remando por la bahía con caña de pescar, o explorando entre las islas o río arriba, disfrutando tanto como pueda de nuestra detención aquí. Hemos alquilado una pequeña piragua por semana, y he pasado varios días agradables en ella en el agua. Aquí abundan todo tipo de peces, tanto en el río como en la hermosa laguna detrás del pueblo, y si me canso de pescarlos puedo buscar guayabas o disparar un tiro a un pelícano, o en una bandada de patos por el camino de variedad. Dudo que alguna vez haya gozado de mejor salud en mi vida. El mercurio subió tan alto del final de nuestro viaje. Pero es cierto que,

aunque han transcurrido "sesenta días" y treinta más, no estoy más adelantado que a esta ciudad vieja. Después de una detención de tres semanas en San Juan, la caldera y la maquinaria del vapor que traíamos con nosotros y que habían sido ensambladas, fueron condenadas como sin valor, y la compañía partió para seguir río arriba, mitad en bongos y canoas. la otra mitad en los restos pasando de los setenta de la noche a los ochenta u ochenta y cinco del mediodía, y las brisas del mar y de la tierra soplan con refrescante regularidad. Todas las mañanas nos levantamos de nuestras hamacas al amanecer y nos damos un baño, sin prestar



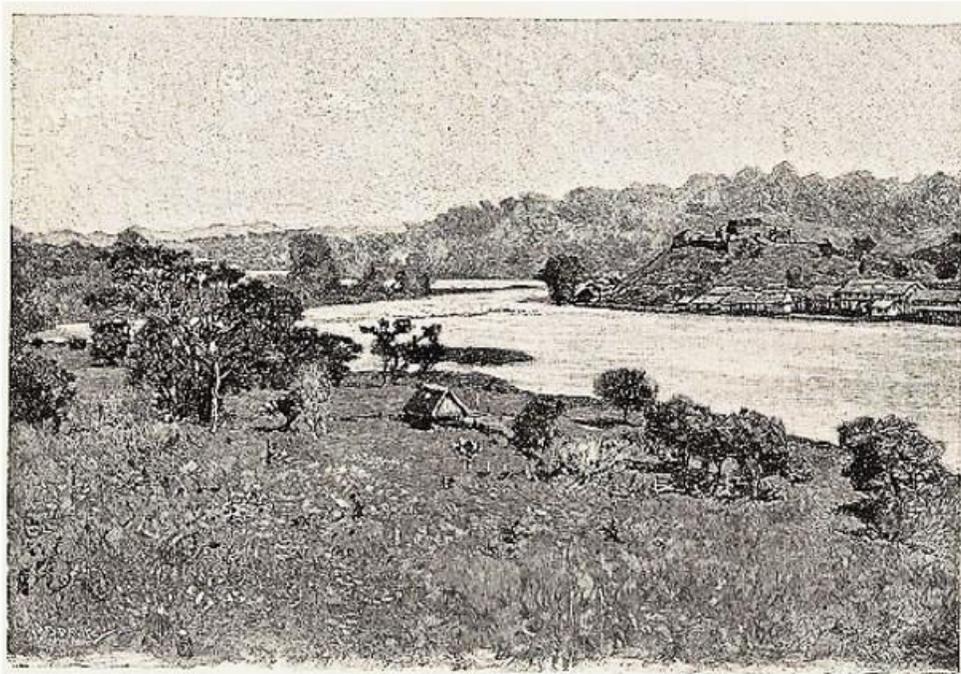
Navegando el San Juan en Bongo

atención a los tiburones y caimanes, que pueden estar flotando a seis metros de nosotros.

CIUDAD DE GRANADA, CENTROAMÉRICA, 24 de mayo de 1849.

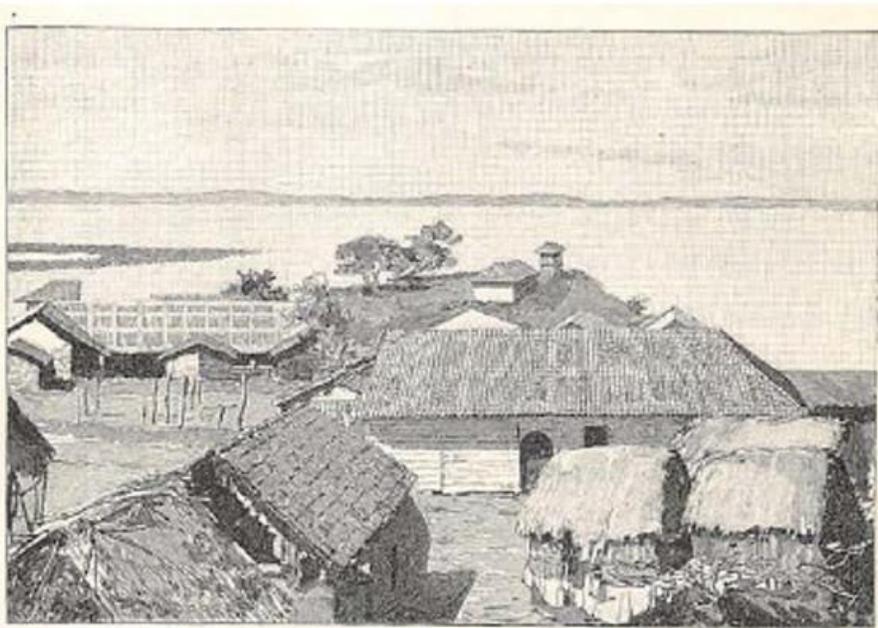
Le sorprenderá recibir esta carta con esta fecha tardía y escrita por mí todavía en el río, la tripulación de nuestro barco era la más eficiente y fuimos considerados los más afortunados de la empresa. Lo que para muchos de nuestro grupo fue un viaje lleno de dificultades y peligro para nosotros fue la parte más placentera de nuestro viaje. El San Juan es un río bello y noble, abundante en

peces, salpicado de islas y bordeado a ambos lados en toda su extensión por bosques cuya belleza desmedida no podría describir con lápiz o pluma. El profundo verdor del follaje, las muchas flores brillantes, las largas hojas onduladas de palma, los elegantes festones de las enredaderas y musgos entrelazados de mil maneras diferentes, nunca nos cansamos de admirar. Por la noche nuestra piragua se detenga junto a una playa de arena fina, y pasábamos una hora cazando huevos de tortuga o iguana y pescando peces, que con el café nos hacían excelentes comidas y fáciles de cocinar. Durante dos o tres horas caminábamos arriba y abajo a la luz de la luna; luego, enrollándonos en nuestras mantas y acostados entre los barqueros, dormíamos tan profundamente entre el rugido de los caimanes y los pumas, como siempre lo hice en mi cama al nacer. Al amanecer nos despertaba el canto matinal de los barqueros, y durante el día, cuando no estábamos mirando y conversando sobre los extraños paisajes y escenas por las que íbamos pasando, la lectura y el estudio hacían que las horas se deslizaran placenteramente. Así pasaron ocho días, cuando llegué a San Carlos, donde el lago se encuentra con el río. Aquí hemos cambiado de piraguas y, tras dos días de detención, zarpamos hacia Granada. Lamentamos bastante separarnos de nuestro capitán, Mercedes, que realmente se había hecho querer por nosotros; y su cuadrilla era todo un buen grupo de compañeros. Pronto nos dimos cuenta de que no nos habíamos mejorado, pues apenas tres horas allí fuera como si hubiera sido una batalla campal entre los hombres del bongo con sus machetes y los pasajeros, ahora aumentados en número a ocho, y todos bien armados. Sin embargo, unos pocos golpes bien dirigidos resolvieron el asunto.



Castillo arriba, río san Juan abajo, raudales en el centro (de una fotografía de O'Neil)

Era el 3 de abril cuando entramos en Granada, pero les daré una descripción ordenada, como un libro, del lugar donde me ha tocado esperar inesperadamente durante las últimas cinco o seis semanas. El primer objeto que indica su vecindad al viajero que puede estar navegando por las claras aguas del solitario lago de Nicaragua es un alto pico volcánico que se eleva audazmente cinco mil o seis mil pies desde la orilla, con, cuando lo vi, cada punto rocoso claramente definido contra el cielo occidental, pero que, en esta estación, la noche y la mañana cubren su cabeza con nubes. En una aproximación más cercana, ve que corre hacia el norte desde su base, una playa larga y ancha de arena muy fina con una fortaleza en ruinas a mitad de camino. Esta playa le parece de un color blanco y negro curiosamente abigarrado, y la mira con asombro; pero a medida que se acerca aún más, estas apariencias se convierten en montones de ropas y grupos de mujeres de piel morada que se dedican vigorosamente a restaurar la pureza de las ropas. Su proceso de hacer esto es algo peculiar. Las mujeres se sientan en agua que les llega hasta las rodillas y, tomando la ropa que se les pasa poco a poco, niños desnudos, frótelos con una hierba saponácea y luego, después de remojarlos, golpee la ropa sobre piedras planas con todas sus fuerzas, y aquí no son de ninguna manera el sexo más débil, hasta que no solo todo vestigio de impureza los abandone, pero, si alguna tela fina o delicada llega a sus manos, hasta que su sustancia a menudo se desvanece al pasar por la prueba. Solo



Fuerte San Carlos y Lago Nicaragua (de una fotografía de O'Neil)

necesitó la pérdida de algunas camisas y pañuelos para convencerme de esto. Estas lavanderas son la primera señal de la ciudad, porque todavía no se ve ninguna señal de habitación. La piragua se acerca a la orilla y se tira un ancla. Un atrevido hombre de bongo salta al agua, el extraño se coloca sobre sus hombros y, si no es un hombre de piernas largas, es llevado a tierra con los pies secos. En este momento, una docena de hombres a lomos de hermosos caballos pasan corriendo a toda velocidad en medio de un montón de polvo y exclamaciones. El viajero se sorprende un poco y, al ver a la distancia que otros veinte o treinta también se acercan a él, comienza a inquietarse; pero cuando le dicen que pasan sólo por diversión, sus temores se calman y admira la gracia de los jinetes y el espíritu de los corceles. Luego, dejando el lago directamente detrás él, pasa por uno de la medio docena caminos que conducen a la ciudad, bordeados a ambos lados por setos de cactus espinosos que encierran campos de plátanos y pinos, y se siente sensible a pensar cuán valiosas serían en nuestros invernaderos del norte las mismas malas hierbas que él está pisando bajo sus pies. A medida que asciende por la suave subida, se encuentra con largas masas de mujeres que caminan con paso firme y erguido, balanceando sobre sus cabezas grandes tinajas



Desembarcando en Granada

de barro de la capacidad de dos a cuatro galones, con los que vadean hasta el lago, y llenándolos, regresan a la ciudad, muchas veces cantando sobre la marcha, y formando con su singular traje una escena bastante interesante. A media milla del lago, el forastero entra en los suburbios y comienza a ver ante sí las torres rotas de las viejas iglesias gastadas, de las que, a cualquier hora del día, suenan campanas de un tono claro. En los suburbios viven las clases bajas o trabajadoras población, si se les puede llamar así en un país donde un hombre rara vez trabaja si tiene una "peseta" en el bolsillo para comprarle la cena. Las casas son simples chozas de caña techadas con hojas de palmera, muchas de las cuales un hombre fuerte podría llevarse sobre sus hombros. Se pueden ver todos los colores, pero la mayoría son de la tonalidad india, y de niños y perros parece haber un infinito. A la mayoría de los jóvenes se les corta el pelo hasta una décima sexta parte de la piel, con la excepción de unos pocos mechones en el frente, lo que les hace parecer pequeños gallos de pelea, pero las aceras tienen sólo sesenta centímetros de ancho y se elevan desde las calles, que se inundan en la temporada de lluvias. Además, como las ventanas de todas las casas sobresalen aproximadamente un pie del lado de la acera, un pasajero sin experiencia en la noche puede regresar a casa con varias depresiones en el sombrero y las correspondientes elevaciones en la cabeza. Estas casas, como consecuencia de haber sido construidas directamente sobre la calle, con muros de tres o cuatro pies de espesor, grandes portones pesados y ventanas enrejadas sin persianas ni vidrios, dan a las calles un aire sombrío. Los niños se revuelcan desnudos en el polvo hasta que tienen ocho o diez años, cuando su madre les pone ropas escasas y los manda a la escuela. Más adelante, las casas de adobe comienzan a mezclarse con las de caña, pero todas son pequeñas e inconexas hasta que se entra a la ciudad propiamente dicha. Luego, las calles, que regularmente se trazan en ángulo recto, están completamente construidas con bloques de casas de adobe y piedra de un piso de aspecto pesado, todas estucadas y pintadas de blanco, con techos de tejas que se proyectan seis u ocho pies sobre la calle, formando un agradable refugio para la persona que se ve obligada a caminar bajo los rayos de un sol casi vertical. Las calles son tan anchas como la calle Nassau, Nueva York, lo suficiente para que los carros pasen fácilmente entre sí; aspecto carcelario, que el estuco blanco con el que todos están cubiertos aspira en vano a aliviar. Pero por dentro son más cómodos para este clima cálido de lo que debería haber supuesto. Las viviendas, las cocinas y los establos forman un cuadrado hueco que encierra un patio, generalmente bien plantado de árboles frutales y floridos. Todos los techos interiores se proyectan diez o doce pies, formando un corredor sombreado, donde es muy fresco y delicioso estar columpiándose en la hamaca. Se utiliza muy poco mobiliario, basta con algunas sillas y mesas, camas y hamacas. La ciudad se

regocija con dos pianos, pero creo que no tiene alfombra. Los suelos son generalmente de ladrillo, se mantienen limpios y brillantes, son mucho más fríos que los nuestros y rara vez se desgastan. yo tengo no se ve ni un panel de vidrio en Centroamérica, lo que en verdad es casi inútil, pues, debido a la bajeza de los techos largos y salientes, el sol y la lluvia nunca pueden entrar; mientras que la



Una Calle de Granada

brisa fresca siempre está invitada. Nuestras persianas venecianas, sin embargo, serían muy agradables. Solo hay contraventanas de barrotes pesados, que a primera hora de la tarde, por temor a las revoluciones, se cierran y se cierran, y toda la ciudad parece desierta. Una de estas casas, fuertemente construida de piedra y madera pesada, es actualmente nuestro lugar de residencia. Es una casa más grande que la ordinaria, de tamaño pequeño, en una esquina a dos cuerdas de la plaza, estaba el antiguo Convento de las Mercedes, de donde los internos fueron expulsados en una revolución hace algunos años. Y ahora, donde antes las monjas cantaban, decían el rosario y hacían penitencia, unos quince o más norteamericanos comen, duermen y se ponen lo más frescos y cómodos posible. Un hermoso y ancho corredor recorre la casa, tanto por dentro como por fuera, donde un regimiento podría sentarse cómodamente a la sombra, y dentro hay un gran patio plantado de mangos, por cuyo rico fruto he adquirido un decidido sabor; entretanto es quizás la mejor casa para hostelería de la ciudad, y en ella vivimos con un buen grado de comodidad. Fue aquí donde llegamos cuando desembarcamos por primera vez en la ciudad, y de inmediato se puso en funcionamiento con veinte inquilinos por día cada uno. Estamos satisfechos con nuestro alojamiento, pero, pensando que era un precio demasiado alto, concluyeron en unos días reducirlo a la mitad, manteniéndonos por tres dólares y medio a la semana. Así vivimos, durmiendo en nuestras hamacas o en camas de hierro, como nos lleve la fantasía, en una gran habitación pavimentada, abierta al techo, donde en cualquier momento se puede ver colgando una docena de murciélagos. No tengo ventanas, pero tienen dos puertas, que nos dan un buen tiro, manteniéndose abiertas día y noche, medida que los ciudadanos consideran

como el extremo de la dureza, pero de la cual no he sentido inconveniente más que el de estar obligado. salir una o dos veces por noche para disparar una andanada de pistolas contra un batallón de perros, que se deleitan con la carrera. ¡Dos veces al día nos llaman a tomar un café en una sala larga que puede haber servido para una capilla antaño!, y dos veces más a nuestras comidas: fino pescado del lago, fresco y pavo, acompañados invariablemente de tortillas, plátanos fritos y frijoles. Los plátanos eran un plato de lo más excelente, pero los



frijoles eran una mezcla vil de frijoles y manteca, y las tortillas eran tan duras como el cuero.

Pero nos hemos quedado lo suficiente adentro; salgamos a la plaza. Este es el centro principal de la ciudad, una plaza de aproximadamente la mitad del tamaño de New Haven Green, pero sin un árbol ni una brizna de hierba. Mirando hacia el frente este, por donde entra nuestra calle, tenemos frente a nosotros la

iglesia principal, un edificio hermoso que parece venerable más por la decadencia que por los años. A un lado hay un salón o palacio de justicia largo y bajo; a la izquierda están las viviendas, ya la derecha el arsenal y las dependencias de los soldados. El lado restante está mayoritariamente destinado a almacenes y comercios, pero con una o dos viviendas, y una justo donde nos encontramos es donde he pasado horas tan agradables como las del campo. Si es de mañana, y sobre todo de domingo, la plaza está en pleno bullicio de mercado. Los indios vienen de todos los alrededores, algunos en burro, algunos montando o conduciendo mulas, pero más a pie, y estos en su mayoría mujeres, caminando muchos kilómetros con cargas de frutas y verduras que parece que les van a romper la espalda. y regresando perfectamente satisfecho con un real de plata (12 centavos) para su carga. Muchos se sientan en rocas a los lados de la plaza,



-mientras que otros van de un lado a otro con sus mercancías, charlando y regateando, y como sus disfraces suelen ser bastante alegres, presenta una escena muy viva y animada. Al mediodía no se ve ni un alma; todo está tomando su "siesta". Por la noche, la escena cambia. Todavía quedan algunas mujeres del mercado que tienen sus productos sin desechar, y grupos de hombres están en las esquinas hablando sobre la noticia, pero de ninguna manera presenta la animación de la mañana. No puedo quedarme mucho, sin embargo, antes de que desde los campanarios de la iglesia repiquen las campanas, se abran las puertas y salga alguna procesión bautismal o de extremaunción, con música, antorchas, campanas y soldados, el sacerdote en

una especie de sedán. silla, sostenida por una media docena de hombres corpulentos, y seguida por una hilera de mujeres y niños, gesticulando y cantando a todo pulmón. Ante esto, todos en la plaza y arriba todas las calles a la vista se arrodillan, excepto los norteamericanos, que se quitan el sombrero y moralizan en la procesión que avanza. música y baile todas las noches en todas las calles; pero últimamente, debido al pavor que han inspirado las numerosas revoluciones, los espíritus del lugar se han ido, y después de darle, cuando llegamos por primera vez, todas las casas estaban cerradas y con rejas dobles, y toda la ciudad estaba tan silenciosa como una iglesia. La presencia de tan gran número de

estadounidenses en el lugar parece haber dado a los habitantes una mayor sensación de seguridad. Pero hemos decidido empezar mañana y, como tengo que hacer mis llamadas de despedida, por el momento nos despedimos.

Pero el lugar para divertirse por la noche es el lago. Llegan payasos, cuando el día refresca, los jóvenes de la ciudad, y corren sobre la hermosa playa en sus briosos caballos, muchas veces con sus jóvenes compañeras, sentadas ante ellos en la silla, mientras cientos ... y, si es domingo o un día festivo, a menudo miles de personas se bañan, caminan o se sientan en grupos bajo los árboles, disfrutando de la brisa, que siempre sopla sobre el lago con el frescor más refrescante. He pasado muchas horas maravillosas allí, a menudo solo, sentado en las ruinas de la antigua fortaleza, contemplando este lago más hermoso, con sus aguas cristalinas, sus islas y sus orillas de alta montaña, y admirando los contornos maravillosamente perfectos y simétricos de la noble Ometepe y su hermana volcán, que se levantan de su seno; a veces con mis amigos granadinos paseando por la playa a pie o a caballo, o sentados bajo los árboles comiendo sandías, que los bongos del campo traen en abundancia, y charlando en español quebrado, para su no poca diversión. Si un violín está cerca, es muy fácil levantarse a bailar bajo la sombra de algunos de los árboles grandes y amplios que bordean la orilla, o si hay una guitarra, las chicas siempre están listas para cantar. Las señoras nicaragüenses, al menos las de Granada, son muy guapas y parecen dispuestas a hacer todo lo que esté a su alcance para que nuestra estancia sea agradable. De hecho, somos una gran novedad para ellos, porque este es un país por el que rara vez pasan los extranjeros, y casi todas las casas están

Danza en las arenas de Granada

abiertas para nosotros y a nuestro servicio. Granada era, nos dicen, un lugar muy alegre.

LEÓN, 1ro. de junio de 1849.

AQUÍ vivimos ahora tan sistemáticamente como el habitante más viejo, en León, la metrópoli y ahora la capital del estado soberano de Nicaragua, habiendo llegado a la tercera estación de nuestro viaje, ¿quién sabe cuántos más puede haber antes de pasar el dorado, puertas de la bahía de San Francisco? Ocho o diez de nosotros estamos ocupando una casa grande y cómoda a dos cuadras de la plaza, y vivimos en paz



Lavando en la costa del Lago

y tranquilidad, bajo los auspicios de un buen cura viejo a un lado, que nos envía pequeños obsequios, y siempre lo hace una señal estar en su ventana para saludarnos con "gun morning", y de una anciana igualmente fina en el otro, que levanta nuestras comidas en el estilo aprobado del país a real y medio (18 ³/₄. centavos) la cabeza. El cuerpo principal de nuestra empresa se encuentra en Chinandega, una gran ciudad doce leguas más cerca de California; pero están muy descontentos y preferimos quedarnos tranquilos y tranquilos solos. Contamos con un gran patio, con cuatro habitaciones a un lado, donde de uno a otro colgamos nuestras hamacas, que sirven como asientos, salones y camas. Aquí recibimos con la debida dignidad a nuestros numerosos visitantes, y aquí, creo, nos quedaremos hasta que se pueda fletar un barco, o hasta que todo llegue a una liquidación, lo cual es igualmente probable. Pero debo contarte cómo llegamos aquí. Imagíneme en una deliciosa mañana, el 2 de mayo, despidiéndome de mis amables amigos de Granada, llenándome los bolsillos de cigarritos y pasteles para el viaje que hicieron sus hermosas manos y caminando hasta el hotel. Inmediatamente llegó nuestro arriero, con seis animales en fila, cada uno con la

cabeza atada a la cola del que tenía delante. Luego hubo una prisa por la elección. El destino señaló como mía una pequeña mula negra, esbelta, bien entrenada y con un semblante bastante inteligente y animado. En el Alvarado dejé mis alforjas y hamaca detrás, mi catalejo, morral y rifle antes, mi manta por encima y por último yo mismo. Parecía una CIlustración 2arga suficiente para aplastar a la pequeña, pero aguantó noblemente. Imagínense a los demás realizando las mismas operaciones, y finalmente, todos equipados, en medio de las aclamaciones de una calle llena de espectadores, archivando el Castillo Real, y cantando a todo pulmón. con la melodía de "¡Oh! Susannah", una pequeña canción

Me voy a California

A tierra muy lejana, etc.

Habría sido una extraña procesión pasear por Broadway, algunos en caballos y otros en mulas, cada uno con sus pistolas y su cuchillo ceñidos a su alrededor y su rifle o pistola colgada de su armazón de silla, y los animales mismos se probaron bajo un peso. de mantas, alforjas, ponchos, calabazas de agua, y similares. Pero seguimos valientemente durante una legua, cuando la primera aventura nos recibió. Uno de nuestro grupo se bajó de su caballo para recoger su bolsa, que se había caído, y al estar un rato, el animal comenzó a alejarse; el paso pronto se transformó en un trote, y luego en un galope, y el caballo desapareció entre los arbustos, habiéndose liberado primero de la mayor parte de su carga con una patada y una sacudida. Dos de nosotros, estando atrás y viendo el percance, corrimos en el bosque en persecución, pero pronto perdimos la pista en un laberinto de caminos, y regresamos a la carretera para buscar a Andrés, nuestro guía. Continuamos para unirnos al resto del grupo, que había desmontado y estábamos cómodamente sentados bajo la densa sombra de un árbol de algodón, recuperándose en terrenos silvestres. Al cabo de una hora regresó Andrés, diciendo que no se podía encontrar a la bestia y que probablemente había vuelto a Granada, adonde iría en persecución. Luego subimos a una pequeña hacienda cercana y, ordenando la cena, esperamos su regreso, enviando también a los hombres del lugar con el aliciente de una recompensa de tres dólares por la escopeta y la caña de pescar, que habían estado tan bien atadas. que no habían sido desechados. Mientras tanto, estamos bajo la sombra, algunos durmiendo, algunos charlando y algunos comiendo diferentes frutas desconocidas, que los niños desnudos se deleitaron en traernos. En una hora nos trajeron la comida en una gran bandeja: seis calabazas que contenían un compuesto curioso, papilla, cebollas picadas, huevos y una sustancia bastante sospechosa que, por el aspecto manchado de la piel, al principio pensamos que era una serpiente, pero que la conformación de los huesos resultó ser de lagarto, y que era muy dulce y delicada.

Todos teníamos hambre, así que las calabazas pronto se fueron vacías. A última hora de la tarde, el guía regresó sin el caballo, pero con una nota de un amigo que nos aconsejaba volver y empezar de nuevo por la mañana. Sin embargo, no estábamos dispuestos a hacerlo, no queríamos perder ni un día; ¿Y a quién le gusta despedirse dos veces? Ve, por tanto, decidió llevarse el caballo del guía, mientras él, a pesar de sus serias protestas, debía ir a pie. Pero, afortunadamente, justo cuando salíamos a la carretera, apareció el señor de la hacienda con el



Mercado de Masaya

fugitivo, aunque sin el arma. El cambio se hizo a satisfacción de todos, y en adelante tomó la palabra Andrés, sin embargo, estaba de muy mal humor, y su temperamento no mejoró en absoluto con la amenazante aparición de las nubes, que habían comenzado a acumularse alrededor de las montañas de Granada de una manera muy ominosa. Se negó obstinadamente a dejar que su caballo caminara más rápido que nosotros, al no tener experiencia en el camino, mantuvimos el mismo ritmo. En unas dos horas, tiempo suficiente para habernos llevado a nuestro primer lugar de parada, aunque no estábamos a más de medio camino, llegamos a la carne principal. Se oscureció tan repentinamente como si se cerraran los ojos, y entre los más vívidos destellos de los relámpagos y los terribles estallidos de los truenos descendió un diluvio de agua que parecía como si fuera a derribarnos de nuestras sillas. Para entonces habíamos dejado el camino de principal por un camino de mulas más corto, que conducía a través de una serie de barrancos en los que nuestras mulas cabeceaban, resbalaban y saltaban de tal manera que parecía seguro que en algunos de ellos todos tendríamos que

rodar juntos hasta el fondo. Nos mantuvimos juntos, cantando y silbando para indicar nuestro paradero, porque no podíamos ver un pie delante de nosotros excepto durante los relámpagos. Una vez tuvimos una estampida regular. Una de las dos partes que intentan abrir es una sombra, cada animal comenzó con un salto. El mío saltó a una orilla alta y se hundió de cabeza en una jungla, donde realmente pensé que se había quedado atascado. En conjunto, fue un viaje duro, y como nos vimos obligados a ir despacio, eran las nueve antes de llegar a Masaya. Por una vez escuché con satisfacción los ladridos distantes de los perros, y pronto estábamos cabalgando por una larga calle de chozas indias. En uno de estos días nuestro guía se detuvo, y luego de conversar con sus internos, nos informó que no había posada en el lugar y que todas las casas estaban cerradas por temor a una revolución; sin embargo, nos vimos obligados a detenernos allí. Él mismo tenía un miedo mortal y seguía diciéndonos que habláramos en voz alta en inglés, para que no nos confundieran con un partido de revolucionarios y nos dispararan en la oscuridad. Celebramos una consulta y estábamos más de la mitad dispuestos a empezar de nuevo en busca de algún lugar que pudiera prometer mejores alojamientos. Pero luego consideramos que estábamos mojados y cansados, en un lugar extraño, y entendíamos poco el idioma, y cualquier refugio parecía agradable. Una nueva ducha que caía justo en ese momento decidió la cuestión de inmediato, y en un momento todos estaban fuera de la silla. Una mirada al interior de la casa nos mostró que allí poco se podía esperar. Era sólo una pequeña choza de caña de unos tres metros y medio cuadrados, y ya contenía al menos una docena de hombres, mujeres y niños, con el complemento habitual de un perro de mal aspecto cada uno. Una mirada fue suficiente y nos fuimos a la cocina. Esta era una estructura similar, pero más pequeña, y al encontrarla desocupada, tomamos posesión de inmediato. Había espacio, apretando, para que cuatro de nosotros arrojáramos nuestras hamacas de los palos del techo; los otros tres hicieron sus sofás sobre haces de juncos. Debo decir, sin embargo, que la gente de la casa no podría habernos tratado con más amabilidad. Hicieron todo lo que estuvo a su alcance: cuidaron de nuestras bestias y habrían renunciado libremente a sus propias pobres camas; pero sospechando pulgas, les agradecemos, lo que aquí equivale a una cortés negativa. También nos consiguieron una cena mucho mejor de la que esperábamos, cobrándonos sólo por los artículos; y durante la mitad de la luz, una multitud de niños y niñas desnudos estaban en nuestra puerta, esperando para atender cualquier cosa que pudiéramos necesitar. Imagínenos, cuatro en fila, suspendidos sobre los otros tres de abajo, colgados en redes de hierba, a medio camino entre el suelo y el techo de la pequeña cabaña, con miedo de movernos por temor a hacernos caer todo sobre la cabeza, y con el humo del aire se encrespa graciosamente alrededor nosotros, que,

aunque ofendió a nuestros ojos, respondió al excelente propósito de mantener alejados a los mosquitos. Dormimos bien y profundamente, ya la mañana siguiente nos levantamos temprano, ensillamos nuestros animales y partimos hacia la plaza. Nuestro guía cambió de repente para ser uno de los hombres con mejor temperamento del mundo, y continuó así durante el resto del viaje. Nada podía ponerlo de mal humor, y no había nada que él pensara que pudiera molestarnos o ser de utilidad para nosotros que no hiciera. Pero no le agradecemos mucho esta mañana cuando nos condujo a la puerta de una hermosa posada frente a la plaza donde podríamos habernos quedado la noche anterior. Pedimos el mejor desayuno que pudieron darnos, y mientras lo preparaban salimos a dar un paseo por la ciudad. Masaya es un lugar de más habitantes que Granada, pero de un aspecto muy diferente. Granada está más compacta que cualquier ciudad que haya visto, mientras que Masaya está esparcida, todas las casas están conectadas entre sí y en medio de una profusión de palmas, cocos y árboles frutales. Apenas habíamos ganado cuatro plazas cuando nos vimos obligados a regresar, cargados con regalos de fruta. La plaza de Masaya es muy grande y presenta una escena muy animada al recorrerla. El mercado estaba en pleno funcionamiento y creo que al menos mil hombres y mujeres, con trajes más alegres que los que he visto en cualquier otro lugar, estaban ocupados intercambiando sus mercancías... A dos millas [de Masaya] llegamos a un pueblecito cuyo recuerdo es como el de un bello poema. Dijo B—, "Podría vivir aquí para siempre", y todos nos sentimos tristes cuando un giro en el camino cortó nuestras miradas de despedida.

Un poco más lejos nos esperaba una magnífica escena. Llegamos a donde el camino cruzaba un vasto arroyo de lava negra, que había bajado de la montaña Masaya arrasando y destruyendo todo en su curso, y descendía hasta donde podíamos ver hacia el lago Nicaragua, que, con su lago hermano de Managua y el río que los conectaba se encontraban en la distancia, la alta cadena de montañas que los separa del Atlántico delimita la vista. Aproximadamente dos leguas más adelante llegamos a una llanura abierta en la que se alimentaba mucho ganado, y nos detuvimos durante media hora para dejar pastar nuestras mulas y caballos, mientras nosotros comíamos piñas y naranjas que habíamos traído con nosotros.

Desde este punto el camino atravesaba la selva cuatro leguas hasta Managua, y aquí nos llamaron para admirar una nueva forma de vida. Hermosos grandes árboles del tamaño de nuestros elmos, sin hojas sobre ellos, pero cubiertos en su lugar con flores, algunas de un amarillo brillante y otras de un rojo claro y blanco. Cuando digo cubierto, me refiero a todo cubierto, como la jarra de un jacinto, cien en una ramita. Donde colgaban del camino, nuestros caballos a menudo se clavaban profundamente en las flores que caían, y, sin embargo, aparentemente no había disminución en las ramas de arriba. No eran toscas y feas, sino delicadas y fragantes, del tipo que las mujeres de este país

más se deleitan en entrelazar en sus cabellos. Vi una vista que sólo pude estar de pie y ganarme con deleite: uno de los árboles más grandes y uno de los más ricos en este nuevo tipo de follaje, con una enredadera inmensa cubierta de flores azules y púrpuras que se enrollan en su parte superior. ramas, y colgando de allí en largos y ricos festones, formando un emparrado más completo. Como para hacer la perfección más perfecta, entre las ramas se posaban dos lapas, las aves más hermosas del país, con el plumaje rojo y azul más rico, y las colas caídas de un metro de largo. A la caída del sol llegamos a Managua, una gran ciudad y la verdadera capital del estado. Está situado en el lago de Managua, donde nos dimos un delicioso baño, y luego regresamos a la posada, la mejor del Estado, y la guarda un señor dueño de una plantación de algunas leguas cuadradas en el Pacífico, de cuyos productos compartió. Nosotros fuera una excelente cena. Dormimos aquí entre sábanas, y sobre bonitas almohadas con flecos, que eran tan suaves que no quería dejarlas por la mañana. Pero en este país el momento de viajar es temprano en la mañana o el fresco de la tarde, ya que la mitad del día hace mucho calor. Nuestro viaje de la mañana fue a Matiares, seis leguas. El camino cruzaba una montaña desde la cual se tenía una vista soberbia del lago Managua con sus numerosas bahías, promontorios e islas, con Momotombo y Momotombito elevándose a plena vista, los volcanes más altos del país, visibles a cincuenta leguas en el Pacífico. Hoy nos encontramos con numerosos viajeros y largas filas de mulas de carga. Tropas de monos, monos y loros animaban el camino, y de vez en cuando un ciervo saltaba y se alejaba entre los arbustos. Hicimos la siesta en la plaza de Matiares, la ciudad en sí, que ha sido prácticamente destruida en una revolución tardía, sin ofrecer alojamiento para nosotros. Por la tarde fuimos cuatro leguas más allá de Nagarote, lugar amplio, donde pasamos una agradable noche en casa del maestro de escuela. Gran parte de nuestro camino nos llamamos viejos ciudadanos y, por lo que sé, tendremos derecho a votar en las próximas elecciones. Seguimos viviendo en León, nueve de nosotros, lo suficiente como para mantenernos en cara en esta extraña ciudad. Una semana desde que cabalgué hasta Chinandega para cuidar nuestro equipaje, y pasé un día allí para ver qué pasaba y observar el curso de las cosas; y volví muy bien satisfecho de quedarme donde estaba. Aunque llevamos detenidos en este país más de tres meses y medio, puede que pase un mes más antes de que una embarcación llegue a Realejo para llevarnos al Pacífico.

Hoy conocimos a numerosos viajeros y largos trenes de mulas de carga. Tropas de monos y simios y bandadas de loros animaban el camino, y de vez en cuando una < leer se iniciaba y enlazaba lejos a través de los arbustos. Tomamos nuestra siesta en la plaza de Matiares, el pueblo mismo f, que ha sido

prácticamente destruido en una revolución tardía, no ofrece alojamiento para nosotros.

En la tarde fuimos cuatro leguas más lejos a Nagarote, un lugar grande, donde pasamos una noche confortable en la casa del maestro de escuela. Gran parte de nuestro camino fue a lo largo de las orillas del lago, viaje pesado para nuestros animales, pero del cambio de escenario agradable para nosotros. Las siguientes doce leguas de arcilla nos llevaron a León. Ves que estoy apurado, por si bebo describir minuciosamente todos los incidentes del camino, los dos y yo estaría bien cansado...



Una calle de León (de una fotografía de O'Neil)

26 de junio. Veinticinco días después en América central: tantos más, y podemos llamarnos viejos ciudadanos. por lo que sé podemos votar en una próxima elección.

Seguimos viviendo en León, nueve de nosotros, lo suficiente como para mantenernos en cara en esta extraña ciudad. Una semana desde que cabalgué hasta Chinandega para cuidar nuestro equipaje, pasé un día allí para ver qué pasaba y observar el curso de las cosas; y volví muy bien satisfecho de quedarme donde estaba. Aunque llevamos detenidos en este país más de tres meses y medio, - puede pasar un mes más antes de que un barco llegue al Realejo para llevarnos por el Pacífico, - todavía menos para un viajero joven. Las características naturales del país se mezclan belleza y sublimidad para el grado más alto, y el clima debe ser uno de los más deliciosamente saludables y saludable en el mundo. Gran parte de mi estadía tiene ha sido sumamente agradable por la hospitalidad de la gente, especialmente en Granada, donde me volví muy apegado a muchos buenos amigos. León es una ciudad de mucha más pretensión que Granada, pero

ni la mitad de aguante y respetabilidad. Granada está firme y entera, León está decaído, prostrado, su gente anulada por sacerdotes y por miedo a una soldadesca vagabunda. Pero aquí residen los cónsules británico y estadounidense, el obispo, el general, el director y todos los dignatarios de estado. También están aquí dos caballeros de Nueva York, comprometidos con el tratado del canal. Estamos en términos algo íntimos con varias familias que residen aquí, entrando y saliendo cuando nos plazca, como es la costumbre del país. La posada ha sido un lugar favorito para nosotros. El propietario y la casera son un estudio perfecto para un buscador de "personajes". Pero son muy amables con nosotros y están sumamente ansiosos por lograr que sus hijas aprenden inglés. Uno de sus hijos, un pequeño muchacho de catorce años es un alférez en el ejército, y una hija está casada con el general Muñoz; por lo que son todos muy patriotas y de todo corazón. Odio a los "Colandrakes", ya que la oposición se llaman fiesta. Hemos llamado una vez o t \\ 'ice sobre el General, y he sido recibido muy cortésmente. Es un hombre caballeroso y se parece a las litografías de Santa Ana, La Vega, o cualquier otro de los caciques mexicanos, bigotes y todo. Pero sea lo que sea sean sus calificaciones militares, debe probarlas ahora, porque se le pide que haga payaso con su ejército para enfrentarse a Samosa (sic), un asesino y líder de Han pasado por una tierra llena de interés, al menos para un joven viajero. Las características naturales del país mezclan belleza y sublimidad al más alto grado, y el clima debe ser uno de los más deliciosamente salubres y saludables del mundo. Gran parte de mi estancia ha sido sumamente agradable gracias a la hospitalidad de la gente, especialmente en Granada, donde me sentí muy unido a muchos amigos amables.

León es una ciudad de mucha más pretensión que Granada, pero ni la mitad de la resistencia y la respetabilidad. Granada es un papel sólido y bueno; León está decaído, postrado, su gente aniquilada; r hijas aprender inglés. Uno de sus hijos, un mozo de catorce años es alférez en el ejército y una hija está casada con el general Muñoz; por lo que todos son muy patriotas y golpean de todo corazón a los "Colandrakes", como se llama al partido de oposición. Hemos llamado una o dos veces al General y nos han recibido con mucha cortesía. Es un hombre caballeroso, y se parece a las litografías de Santa Ana, La Vega o cualquier otro de los caciques mexicanos, con bigotes y todo. Pero cualesquiera que sean sus calificaciones militares, debe ponerlas a prueba ahora, porque está obligado a bajar con su ejército y enfrentarse a Samosa, un asesino y líder de la oposición, que acaba de tomar y quemar la ciudad de Nicaragua, cometiendo allí las atrocidades más terribles. Subimos a la plaza esta tarde para despedirlos y, a pesar de la apariencia desordenada y andrajosa de la tropa, fue realmente un espectáculo solemne cuando el obispo con su séquito de sacerdotes, después de

predicarles un sermón, les dio su bendición. y les ordenó que fueran a luchar por su país. Mientras tanto Samosa estaba siendo excomulgado en la catedral, las campanas sonaban, los cañones disparaban, y todo León estaba en conmoción.

Después de que hubieron desfilado calle arriba, el general y su personal salieron de sus aposentos en la posada, y hubo otra escena, su esposa y hermanas llorando, despidiéndose de él y lamentando que nunca lo volverían a ver. Pronto todos galoparon, y seguimos hasta el río, y en la distante siempre está, "Muy bien", y pasamos por donde queremos.

Hace aproximadamente una semana llegó un mensajero del Soberano Director del Estado pidiéndonos que cambiáramos de casas con él, ya que quería fortalecer las nuestras. Nosotros respondimos: "Con mucho gusto", y por la noche un carro y una escolta llegaron por nuestro equipaje. Lo cargamos y, tomando nuestras pistolas y rifles, marchamos con él hacia la plaza, cantando a medida que avanzábamos, porque es una costumbre entre nosotros cuando nos encontramos en situaciones extrañas, que suele ser el caso, cantar ciertas canciones en la cima de nuestras voces. Tan pronto como llegamos a la plaza subió una fila de soldados y una banda de música completa con antorchas y linternas, y nos escoltaron hacia abajo de la manera más triunfal. En la puerta nos dieron una serenata que terminó con la "Marcha americana", vitorearon los chiquillos y entramos. El presidente dispuso una mesa para nosotros y nos atendieron como un grupo distinguido.

¿Qué hacer con todo esto? Apenas se sabe, pero al día siguiente nos informaron que fuimos considerados como un guardia de honor de defender la casa del residente en caso de un levantamiento. Nos reímos de buena gana, pero nos felicitamos nosotros mismos en el intercambio, como teníamos, alquilamos gratis, una hermosa y espaciosa casa en la mejor calle en la ciudad. Nueve habitaciones, una para cada uno de nosotros, rodeadas por la plaza principal, otras donde están los establos y las cocinas, todo bien plantado con lima, naranja, mimbro, e higueras, y la principal posee un espléndido arbusto de jazmín, de doce pies de diámetro, incluye geranios y heliotropos todo en flor llena. Cada uno ha seleccionado una habitación y colgamos nuestras hamacas, y me siento como si tener una casa.

Fue un espectáculo bastante sorprendente ver a las tropas marchando por la colina larga y quebrada, los jinetes en la retaguardia con un estandarte rojo sangre brotando de la punta de cada lanza. Nada te dará una mejor idea de la situación política de este país que decirte que desde que estamos aquí han comenzado y terminado en las distintas partes del país siete u ocho revoluciones. Cada ciudad tiene uno bajo su propia responsabilidad, y las autoridades temen cada noche que se escape uno aquí. Estas revoluciones nos han mantenido en un interesante estado de excitación. La ciudad está bajo la ley marcial, las órdenes policiales se leen diariamente en los diferentes rincones, los centinelas se duplican

y es la mitad de lo que vale la vida de un nativo para andar vagando después del anochecer. Pero los yanquis somos privilegiados. Hemos eliminado las contraseñas regulares y respondemos a los desafíos, "Americanos del Norte"; y la fiesta terminada.

Apenas sabíamos qué hacer con todo eso, pero al día siguiente nos informaron que se nos consideraba una guardia de honor para defender la casa del presidente en caso de levantamiento. Nos reímos de buena gana, pero nos felicitamos por el intercambio, ya que teníamos, sin pagar renta, una hermosa y espaciosa casa en la mejor calle de la ciudad. Nueve habitaciones, una para cada uno de nosotros, rodean el patio principal, y en la parte trasera hay otras dos, donde están las cuadras y las cocinas, todas bien plantadas con tilos, naranjos, mimbro e higueras, y la principal. Posee un espléndido arbusto de jazmín, de cuatro metros y medio de diámetro, y geranios y heliotropos en plena flor. Cada uno de nosotros seleccionó una habitación y colgó nuestras hamacas, y me siento como si tuviera un bebé.



El Puerto de El Realejo

Julio 13. Chinandega. Realmente ahora hay alguna posibilidad de que salgamos. Dos embarcaciones yacen en el puerto de El Realejo, y cuando si recibe esto, puede pensar en algo más allá en el Pacífico, si no ya dentro de la tierra prometida. Llevamos más de cuatro meses en este extraño país. En lo que a mí respecta, lo he disfrutado mucho; la constante novedad, la singularidad de nuestra posición, nuestra forma de vida, y la continua sucesión de extrañas escenas por las que hemos pasado, han impedido algo parecido al estancamiento. Ahora estamos en Chinandega, pero debo contarles un pequeño viaje que hicimos antes de venir aquí. Al día siguiente de redactada mi última página llegaron cartas de nuestro encargado de negocios, el señor Squier, que había llegado a Granada, informándonos que, a causa del turbulento estado del país y la interrupción de la comunicación en las carreteras, se habían albergado temores, si no de su

seguridad personal y de su grupo, al menos de una prolongada detención, y de solicitarnos que hiciéramos una fiesta y estuviéramos listos para marchar pacíficamente hacia abajo y escoltarlo de Granada a León. Sean después llegaron otras cartas a nuestro cónsul informándole de que Masaya estaba ocupada por las tropas de Samosa. Sobre esto pensó que, aunque había mandado al día siguiente, lo pasamos en procurar caballos. Se traían cuatro o cinco caballos muy finos de una hacienda a pocas leguas, y el complemento se hacía desde el cuartel, donde teníamos la libertad de elegir entre cien o más. Míranos atentos al servicio de nuestro propio gobierno, y yendo payasos a las guerras para escoltar a nuestro encargado de negocios. A la mañana siguiente partimos, diez de nosotros, todos montados en mayúscula, y con un uniforme improvisado, aunque mejor que el que se había visto en Nicaragua, camisas rojas y pantalones blancos, con pistolas y cuchillos ceñidos a nuestro alrededor, y carabinas cortas obtenidas de la armería privada del presidente. en los pomos de nuestras sillas de montar. Como el gobierno había estado tratando por todos los medios de procurar nuestros servicios, parecía la opinión universal, mientras corríamos por las calles, que éramos la vanguardia de un grupo que bajaba para ayudar al General, y grande fue la sensación que provocó. Nuestro cónsul tenía la intención de formar parte del grupo, pero la noche anterior se sintió abatido por la fiebre. Cruzamos el río y entramos en el Camino Real. Esta fue una forma muy diferente a la que atravesamos antes por el país. Luego nos dirigimos lentamente de un enemigo a otro, cargados de equipaje y obligados a asumir un andar tranquilo. Ahora estábamos libres y sin trabas, con el ánimo en alto y las hartes frescas, y podíamos galopar y arrojarnos como quisiéramos. En tres horas ... he hecho Pueblo Nuevo, ocho leguas de distancia, pero no sin un accidente en el camino. Uno de nuestro grupo sufrió una insolación. En Pueblo paramos dos o tres horas en el calor del día para cenar y dar a nuestros caballos "zacate". Era el día de San Pedro, y todos los jóvenes del lugar estaban a caballo corriendo por las calles como locos. Dos días al año tienen esta costumbre, que es divertido de ver. De allí procedimos a Chinandega para que otros vengan y se unan a nosotros, lo mejor sería, en general, que los que estábamos en León bajáramos enseguida. Por lo tanto, volvimos a empaquetar nuestros muebles y subimos a la casa del cónsul, dejando la mansión del presidente con las higueras y los tilos como guardia de honor.

Nagarote, donde hubo que dejar a uno de nuestro grupo que se había llevado la fiebre del campo en el camino. Estuvimos detenidos hasta después del anochecer, pero decidimos seguir hasta Matiares esa noche. Era una hermosa tarde a la luz de la luna, y puedes creer que nuestro paseo por el lago a la sombra del viejo Momotombo fue lo suficientemente encantador. Era tarde cuando llegamos a Matiares, un pueblo miserablemente pobre, donde la mejor casa no podía ofrecernos mejor alojamiento que para todos ellos en toda Centroamérica. La tarde nos llevó a Masaya, donde, como habíamos hecho, hacía catorce leguas, y parecía como la lluvia, decidimos detenernos a pasar la noche. Encontramos



Una ejecución en Nicaragua

aquí al General y a sus tropas, pero aparte de ellos una ciudad de aspecto más desierto nunca visto. Fue en Masaya donde se tramó esta última revolución, y la parte más rica de los habitantes se había retirado alarmados a sus haciendas o se había ido a Granada, el bastión de los "Tombucos", que son la aristocracia, mientras que, al acercarse Muñoz, las clases bajas, los "Colandrakes", se habían ido para unirse a Samosá, o se habían dispersado por el país. Nos habíamos encontrado con muchos de ellos en el camino. Todas las casas alrededor de la plaza estaban cerradas, incluida la posada. Pero al dirigirse al general, nos acuartelamos sin ceremonia alguna en una casa cercana al cuartel, una hamaca, una mesa, un banco y el suelo. Me acosté sobre este último, envuelto en mi manta, y, a pesar de la oposición de una legión de pulgas y hormigas mordedoras, gané unas horas de buen sueño después de mi viaje de ochenta y un kilómetros. Al amanecer ensillaron nuestros caballos y después de un trago de café nos dirigimos a Managua a desayunar. Durante el tiempo que estuvimos aquí, fui con un amigo granadino a visitar a algunos de sus parientes, chicas tan hermosas como las que se ven en cualquier país. Managua es famosa y dar órdenes en otra dirección para que nos preparen la cena. La siguiente dificultad fue la imposibilidad de comprar forraje para nuestros caballos; pero en una solicitud posterior se envió un filo de soldados que vinieron con un suministro, probablemente tomado del campo de maíz más cercano. Cabalgando por la plaza a la mañana siguiente, al amanecer, vimos las tropas formadas en largas filas, y

algunas personas de pie en grupos como si esperaran algún evento. Deteniendo nuestros caballos unos momentos, salió del cuartel una melancólica procesión de anacoretas encabezada por un hombre vestido con camisa y calzoncillos blancos toscos, y con capas alrededor de tobillos y muñecas. Llevaba un gran crucifijo negro y estaba flanqueado por dos sacerdotes que leían en voz alta libros grandes; detrás de un grupo de soldados con mosquetes cargados. En ese momento las campanas empezaron a sonar un tono fúnebre y supimos que iba a tener lugar una ejecución militar. No te lo describiré, porque fue hecho de manera bárbara; pero el prisionero se encontró con la muerte como un valiente. Fue uno de los conspiradores de la revolución y, en general, un mal comportamiento. El general Muñoz lo había atrapado aquí y le había dado poco tiempo para prepararse para su destino...

Fue muy agradable caminar una vez más por las calles de la ciudad de Id, porque todos sentimos una especie de cariño por Granada, el lugar donde habíamos experimentado tanta amabilidad y hospitalidad. Y también fue muy agradable bañarse una vez más en las brillantes aguas del lago. Fresco y renovado, regresamos a tiempo ver la entrada de la marca de Muñoz a la ciudad, que sacó a toda la gente y puso a sonar todas las campanas. Trajo a cinco prisioneros más, todos los cuales, supongo, han compartido antes de esto la fase del pobre de Masaya. No nos soltaréis hasta muy tarde, y luego no hasta que les demos "una canción patriótica", con la que parecían perfectamente encantados.

Los dos días que pasamos en Granada volaron muy agradables. En la madrugada de nuestra partida, el General realizó una revisión de sus tropas, alrededor de mil, preparándose para marchar hacia Managua, donde desde entonces hemos escuchado que ha vencido a Samosa en una batalla, y ahora lo tiene encerrado en un pequeño pueblo junto al lago. Aproximadamente a las diez de la mañana nos reunimos en la casa donde se detenía el Sr. Squier y, como nuestro grupo aumentó a más de veinte por la adición del Sr. Squier y su grupo, y algunos otros, cabalgamos hacia la plaza. Allí nos recibió un concursante y nos invitó a la residencia del General, quien con su personal estaba ansioso por acompañarnos fuera de la ciudad. Mientras tanto, los comerciantes y otros ciudadanos subían continuamente, y pronto fuimos más de cincuenta. Teníamos una hermosa bandera de seda de los Estados Unidos, y con eso ondeando por delante hicimos un espectáculo galante al pasar por la calle que conduce a la carretera principal. El día siguiente fue el glorioso cuatro de julio. Teníamos la intención de celebrarlo entre nosotros, pero, debido a las circunstancias que requerían la presencia temprana del Sr. Squier en León, pasamos todo el día en el camino. A menudo, sin embargo, un grito o un fragmento de "Hail Columbia" atestiguaba que no habíamos olvidado su presencia. La noche que pasamos en Pueblo Nuevo, donde encontramos al amigo que habíamos dejado enfermo recuperándose, y hasta ahora en su ruta de regreso. A las ocho de la mañana siguiente continuamos, y en menos de tres horas estábamos en el "Convento

Viejo", a una legua de León, donde nos esperaba una gran escolta: todos los militares y civiles, el presidente y su gabinete, el obispo, y su séquito de clérigos, y un gran número de los ciudadanos más respetables, más de cien en total. Aquí me detuve unos momentos, mientras el señor Squier cambiaba su traje de viaje por su uniforme oficial, y nos lavábamos y cepillamos un poco; luego nuestro estandarte fue desplegado y comenzó toda la cabalgata. Seguimos a todo galope por la llanura de León, bajamos la colina, cruzamos el riachuelo y subimos a la ciudad. Mi pequeño caballo, a pesar del largo viaje, bailaba bastante de emoción. Al entrar a la ciudad encontramos las calles atestadas de gente, que todos se arrodillaron al pasar el obispo, y luego se levantaron y gritaron "¡Viva! ¡Viva!" al ministro. Las campanas de todas las iglesias por las que pasamos sonaron sus más alegres repiques, los cañones tronaron en la plaza, y todos los soldados se apresuraron a recibirnos con arras entregadas. Y así concluimos nuestro segundo viaje por el país.

La noche nos trajo a Managua, y galopamos por sus calles principales, de cuatro en cuatro, ondeando la bandera, hasta la posada. Apenas nos habíamos deshecho de nuestros animales y nos sentamos a una tranquila cena cuando escuchamos disparos de mosquete y cohetes explosivos, y vimos a mucha gente corriendo con los brazos en la mano. Apenas sabíamos qué hacer con él, pero pronto una gran compañía de soldados y música llegó a nuestra puerta, y luego nos enteramos de que, a nuestra entrada, nuestro número magnificado por la oscuridad, nos habían confundido con un armero de Granada. ven a atacar el lugar. Los habitantes se habían apresurado juntos alarmados, pero al enterarse del verdadero estado del caso habían venido a invitarnos a marchar en procesión por el pueblo. Así que nos fuimos, desplegando nuestro estandarte, y con eso y la música de antemano, el Sr. Squier y su escolta siguiéndolos, y con un tren de tres o cuatrocientos.

Deteniendo unos instantes nuestros caballos, salió del cuartel una procesión melancólica encabezada por un hombre vestido con camisa y calzoncillos blancos y toscos, y con capas alrededor de sus andes y muñecas. Llevaba un gran crucifijo negro y estaba flanqueado por dos sacerdotes que leían en voz alta libros grandes; detrás de un grupo de soldados con mosquetes cargados. En ese momento las campanas empezaron a sonar un tono fúnebre y supimos que iba a tener lugar una ejecución militar. No te lo describiré, porque fue hecho de manera bárbara; pero el prisionero se encontró con la muerte como un valiente. Fue uno de los conspiradores de la revolución y, en general, un mal comportamiento. El general Muñoz lo había atrapado aquí y le había dado poco tiempo para prepararse para su destino...

Fue muy agradable caminar una vez más por las calles de la ciudad de la vieja ciudad, porque todos sentimos una especie de cariño por Granada, el lugar donde habíamos experimentado tanta amabilidad y hospitalidad. Y también fue muy agradable bañarse una vez más en las brillantes aguas del lago. Fresco y renovado, regresamos a tiempo ver la entrada de la marca de Muñoz a la ciudad, que sacó a toda la gente y puso a sonar todas las campanas. Trajo a cinco prisioneros más, todos los cuales, supongo, han compartido antes de esto la fase del pobre de Masaya. No nos soltaréis hasta muy tarde, y luego no hasta que les demos "una canción patriótica", con la que parecían perfectamente encantados.

Los dos días que pasamos en Granada volaron muy agradables. En la madrugada de nuestra partida, el General realizó una revisión de sus tropas, alrededor de mil, preparándose para marchar hacia Managua, donde desde entonces hemos escuchado que ha vencido a Samosa en una batalla, y ahora lo tiene encerrado en un pequeño pueblo junto al lago. Aproximadamente a las diez de la mañana nos reunimos en la casa donde se detenía el Sr. Squier y, como nuestro grupo aumentó a más de veinte por la adición del Sr. Squier y su grupo, y algunos otros, cabalgamos hacia la plaza. Allí nos recibió un concursante y nos invitó a la residencia del General, quien con su personal estaba ansioso por acompañarnos fuera de la ciudad. Mientras tanto, los comerciantes y otros ciudadanos subían continuamente, y pronto fuimos más de cincuenta. Teníamos una hermosa bandera de seda de los Estados Unidos, y con eso ondeando por delante hicimos un espectáculo galante al pasar por la calle que conduce a la carretera principal. El día siguiente fue el glorioso cuatro de julio. Teníamos la intención de celebrarlo entre nosotros, pero, debido a las circunstancias que requerían la presencia temprana del Sr. Squier en León, pasamos todo el día en el camino. A menudo, sin embargo, un grito o un fragmento de "Hail Columbia" atestiguaba que no habíamos olvidado su presencia. La noche que pasamos en Pueblo Nuevo, donde encontramos al amigo que habíamos dejado enfermo recuperándose, y hasta ahora en su ruta de regreso. A las ocho de la mañana siguiente continuamos, y en menos de tres horas estábamos en el "Convento Viejo", a una legua de León, donde nos esperaba una gran escolta: todos los militares y civiles, el presidente y su gabinete, el obispo. y su séquito de clérigos, y un gran número de los ciudadanos más respetables, más de cien en total. Aquí me detuve unos momentos, mientras el señor Squier cambiaba su traje de viaje por su uniforme oficial, y nos lavábamos y cepillamos un poco; luego nuestro estandarte fue desplegado y comenzó toda la cabalgata. Seguimos a todo galope por la llanura de León, bajamos la colina, cruzamos el riachuelo y subimos a la ciudad. Mi pequeño caballo, a pesar del largo viaje, bailaba bastante de emoción. Al entrar a la ciudad encontramos las calles atestadas de gente, que todos se arrodillaron al pasar el obispo, y luego se levantaron y gritaron "¡Viva! ¡Viva!" al ministro. Las campanas de todas las iglesias por las que pasamos sonaron sus más alegres repiques, los cañones tronaron en la plaza, y todos los soldados se

apresuraron a recibirnos con armas entregadas. Y así concluimos nuestro segundo viaje por el país.

La noche nos trajo a Managua, y galopamos por sus calles principales, de cuatro en cuatro, ondeando la bandera, hasta la posada. Apenas nos habíamos deshecho de nuestros animales y nos sentamos a una tranquila cena cuando escuchamos disparos de mosquete y cohetes explosivos, y vimos a mucha gente corriendo con los brazos en la mano. Apenas sabíamos qué hacer con él, pero pronto una gran compañía de soldados y música llegó a nuestra puerta, y luego nos enteramos de que, a nuestra entrada, nuestro número magnificado por la oscuridad, nos habían confundido con un armero de Granada. ven a atacar el lugar. Los habitantes se habían apresurado juntos alarmados, pero al enterarse del verdadero estado del caso habían venido a invitarnos a marchar en procesión por el pueblo. Así que salimos, desplegando nuestro estandarte, y con eso y la música de antemano, seguido el señor Squier y su escolta, y con una hilera de trescientos o cuatrocientos managüense detrás, mantenidos en buen orden por los soldados, pasamos las calles principales. Fuimos recibidos en todo momento por fuertes vítores de "¡Vivan los norteamericanos!" "¡Vivan los Estados Unidos!" "¡Vivan el ministro de los Estados Unidos!" "¡Vivan las Banderas!", Etc., a lo que he respondido en nuestro mejor español, "¡Vivan los valientes Managua!" "¡Viva los bellos señores de Managua!" Y otras cincuenta vivas, siempre dando el auténtico "hurra" yanqui, que les agradó mucho. Los cohetes subían, los cañones disparaban a lo largo de toda la línea, y todas las señoritas de Managua parecían estar a la luz de la luna. La multitud nos detuvimos un día en casa de nuestro cónsul, y luego con otros dos llegué a Chinandega. En aras de la variedad, y para estar con nuestro equipaje, hicimos el viaje en un carro del mercado, y superó todos los tipos de viajes que he visto hasta ahora, no exceptuando los bongos. No intentaré describirlo, excepto para decir que junto a nosotros tres, la cara contenía dos mujeres, dos bebés, un hombre y tres niños; que uno se volcó en una lluvia de truenos en una empinada ladera, y los que no fueron arrojados al barro casi se asfixiaron en el carro; y que estuvimos toda la noche en el camino, durante todo el cual las mujeres se divertieron cantando las canciones más raras y extrañas que yo haya escuchado jamás.

El cónsul inglés, que siempre nos ha mostrado gran cortesía, ofreció a nuestro grupo inmediato el uso de su casa en Chinandega, en conjunto la mejor del lugar, y hemos estado aquí una o dos semanas muy cómodamente situados. La residencia propia del cónsul está en León, teníamos toda la casa, con dos o tres asistentes para atendernos. se reducen a pan, arroz y frijoles, con un litro de agua al día para cada hombre, tanto para cocinar como para beber. El pan estaba

lleno de gusanos y manchado de cucarachas; el arroz era de una calidad que no traería un centavo la libra en los Estados Unidos, la mitad de la cáscara y con tantos gorgojos como granos; los frijoles eran de un tipo peculiar, y cuanto más hervían, más duros se volvían. No había agua que desperdiciar en ellos. De modo que mi tarifa era medio litro de agua de arroz hervido por la mañana y por la noche. Eso dejó una pinta para beber durante las veinticuatro horas, y también lo encontramos poco. Con esta dieta viví durante unas dos semanas y, como el hijo pródigo, habría estado lo suficientemente agradecido por la papilla con la que se alimentan los cerdos del abuelo, y muchas noches hubiera estado feliz de meter mi boca en el charco más sucio que jamás haya visto Chapel Street. Al final, al ver que era imposible llegar a San Diego, el puerto al que estábamos apuntando, nos topamos con la costa en una aventura una noche de septiembre y, al llegar a



El Viaje en la Carreta

los sondeos en una espesa niebla, nos volvimos a atravesar. tablero. Esta vez fuimos verdaderamente favorecidos. El segundo bote enviado a la costa regresó rápidamente, trayendo la noticia de que justo enfrente había una palangana de agua dulce pura a no diez pasos de la playa, y que el oleaje no era tan alto pero los toneles podían flotar. ¡Qué regocijo hubo! Si hubiera sido la luz del día, y si el capitán hubiera sabido de esta agua, no podría haber colocado el barco en una situación mejor que la que lo hizo, corriendo hacia una orilla desconocida en la noche, con cartas imperfectas y en una espesa niebla.

SAN FRANCISCO, ALTA CALIFORNIA, 4 de octubre de 1849. La parte principal de nuestra compañía finalmente salió del Realejo en el bergantín Laura

Ann el 2 de julio. En diferentes momentos, varios grupos pequeños se separaron de nosotros, y más de una vez me animaron a probar suerte con ellos; pero por razones que me satisfacían, me negué constantemente, a pesar de una detención prolongada y muy fastidiosa y escandalosa, y el resultado demostró que tenía razón en mi determinación, como pronto se enterará. ¡Pero ahora lee lo más notable! No habíamos permanecido treinta y seis horas en este lugar apartado cuando un barco que también estaba fuera del agua, al pasar, nos vio, se paró y ancló al costado; y este buque resultó ser un bergantín peruano cargado de víveres para el mercado de California, y con el dueño de la carga a bordo, quien, desanimado por la duración de su viaje, que ya había excedido los cuatro meses, y escuchado en los puertos por debajo de los que los precios en California habían bajado, estaba dispuesto a vendernos todo lo que quisiéramos a diez dólares muy razonables. Así que compramos harina de trigo, queso, azúcar y manteca de cerdo de excelente calidad, un suministro providencial en verdad, porque, después de conseguir nuestra agua, pronto nos hubiéramos puesto en un gran aprieto por la comida, al no tener nada comestible a bordo. El lugar donde estábamos, una ensenada en la Baja California abundaba también en peces, y varios barriles de caballa fina fueron capturados y salados, habiéndose descubierto una fina capa de sal de roca en la costa. Algunas reses fueron expulsadas de una granja veinte o treinta millas atrás, tres de los cuales fueron comprados y matadas, de modo que desde un estado de absoluta necesidad.

Primero, sin embargo, para nuestro viaje. Durante el primer mes nos encontramos con la sucesión habitual (en esos mares) de calma y fuertes ráfagas, durante días juntos meciéndose en el largo oleaje y sin hacer una milla, la superficie del océano sin una ondulación y las velas aleteando ociosamente contra los mástiles. Entonces, de repente, en la noche, se levantaba una tormenta que hacía que el océano pareciera un mar de fuego y, tal vez con la pérdida de una vela, nos llevara muchas millas en nuestro rumbo, pues todos venían del este. Todo ese tiempo dormí en cubierta, porque puede creer que con 120 hombres en una embarcación de poco más de 10 toneladas de carga, las comodidades de abajo eran muy limitadas.

No hacía mucho que salimos del puerto cuando se descubrió que gran parte de nuestra agua se filtraba del tanque en el que, en lugar de toneles, se había colocado y, además, que una gran parte de las provisiones se había echado a perder. y los mejores eran apenas comestibles. De hecho, mientras duró la carne, no pusimos ni un trozo sobre nuestra mesa cuyo olor no hubiera enfermado a nadie más que a un inmigrante de California. En esta parte de nuestro viaje apareció entre nosotros una extraña enfermedad, que en una noche atacó a casi

todas las personas a bordo, y después ninguna persona escapó. Era similar a la gripe, pero con síntomas peculiares, y aunque, al parecer, no era peligroso, pero era una queja sumamente molesta. Durante algunos días ningún marinero estaba en condiciones de cumplir su deber y los pasajeros trabajaban en el barco. Lo tuve algo grave y durante más de diez días. Estaba decidido a ir a Mazatlán o San Blas a por agua, después de que lleváramos tres semanas con una mesada y descubrimos que no sería posible llegar a San Francisco con las existencias que teníamos; pero frente al cabo Corrientes subió un sureste que nos condujo antes al cabo St. Lucas. ... A medida que pasaban día tras día y semana tras semana, y casi no avanzábamos contra el constante noroeste que soplabo por la costa, pinta tras pinta se fue quitando nuestra asignación, y nuestras provisiones se agotaron, una clase tras otra, hasta que finalmente tuvieron de repente nos encontramos en medio de la abundancia...

Por la noche pudimos acampar en la orilla, el naufragio de un ballenero que fue encontrado cerca de abastecernos de leña para nuestras fogatas. Mientras estaba aquí, el super cargo, ambos compañeros y todos los marineros menos dos salieron corriendo y se fueron al campo. El super cargo era un bribón; se llevó consigo todo el dinero del alquiler y probablemente nunca tenga la intención de mostrar su fase en San Francisco. El primer oficial era un villano, había sido un pirata, un demoledor y un asesino, y había causado muchos problemas a bordo. Nos alegramos de deshacernos de él. Los demás eran buenos hombres y se dejaban seducir por los compañeros y el super cargo. Pero los lugares de todos estaban bien provistos por miembros de nuestra compañía que habían sido marineros antes, y con una nueva tripulación zarpamos nuevamente. Aun así, los vientos del noroeste continuaron, y no fue hasta más de tres semanas, cuando

nos amenazaron con otra deficiencia más, la de la leña, que aparecieron a la vista los cerros que rodean la magnífica bahía de San Francisco.

Todo esto nos pareció bastante malo, pero ¿qué fue en comparación con lo



Un pobre sustituto de bistec (ver página 931)

que han pasado los partidos que nos dejaron? La balandra que les mencioné en una carta anterior que había salido del Realejo a principios de mayo, con nueve de nuestra compañía y unos quince de los náufragos, llegó aquí, pero anteayer, habiendo estado 144 días en la ruta, 32 días en calma en un lugar bajo un sur casi vertical. Tenían sólo medio litro de agua al día, y la mayor parte del tiempo casi perecían por falta de comida. Una vez corrieron por la costa en una aventura, como hicimos nosotros, pero no encontraron agua. Lo excavaron y registraron el

interior durante treinta o cuarenta millas, pero en vano, y al final se vieron obligados a hacerse a la mar con solo una botella de agua cada uno, su única oportunidad era caer con un barco o hacer algún puerto dentro de los cinco días, al final del cual esperaban perecer. Pero la afortunada idea de destilar entró en sus mentes. Se hizo un destilado rudo con una caldera de aletas y un cañón de pistola, se introdujo agua salada y, para su gran alegría, goteó fresca. Durante veintidós días vivieron de lo que así podían fabricar, con un promedio de medio litro por día para cada hombre, su única comida tres mejillones al día. Algunos se esforzaron por caminar por la costa y se encontraron en desiertos solitarios, obligados durante días a vivir juntos en cactus, y estaban casi fuera de sí de alegría cuando encontraron una mula pobre y descompuesta que había sido dejada en el camino. Otros miembros de nuestra empresa se unieron a un grupo que llegó desde Panamá en un bote de hierro. Durante meses lo sufrieron todo. Por fin, hablando un vapor, uno se lanzó al agua, gritando que se estaba muriendo. Le arrojaron un tope y lo arrastraron a bordo del vapor; de los demás nunca se ha tenido noticias de ellos.

También se acondicionó un bongo del Realejo muchas semanas antes de partir. El destino de eso también es desconocido, iy probablemente nadie viva para revelarlo eso.

Aquí llegan al oído los relatos más emocionantes de sufrimientos. Pero, hasta donde sabemos con certeza, no ha ocurrido una muerte, ni siquiera un ataque peligroso de enfermedad en toda nuestra compañía que salió de Nueva York. Sin embargo, las dificultades, el peligro, el hambre y la sed han sido comunes.

7 de octubre. No intentaré transmitirles ninguna idea de este lugar tan indescriptible, ni darles mi impresión de él. No tengo tiempo, estoy demasiado ocupado arreglando y desembarcando mi equipaje. Ya sabes más de eso que yo. Otra ciudad así nunca fue y nunca lo será. Los astutos, los estafadores, los especuladores, los jugadores y los pícaros de todas las naciones, monedas de diez centavos, colores, idiomas y disfraces bajo el sol se reúnen aquí, y ninguna palabra puede transmitir una idea real del resultado. No te encuentres con muchos de mis amigos en la costa; se encuentran principalmente en otras partes del país.

CIUDAD DE SACRAMENTO, 22 de octubre de 1849.

TRANQUILO a menudo desde lo más profundo de mi alma por las muchas cartas que su amable corazón le impulsó a escribir. Eran mejores que todo el oro de las minas. Poco a poco haré mi parte, pero si supieras el torbellino en el que ha estado mi cerebro desde que aterricé en este extraño país, me disculparías ahora. Soy como quien mira un panorama en constante cambio y no puede encontrar tiempo para decir ni una palabra al que está sentado a su lado. Nunca

esperes verme volver rico. No ganaré mucho dinero aquí, excepto por una racha de buena suerte. Estoy aquí tan tarde, y ahora todas las avenidas están llenas; pero espero reunirnos lo suficiente como para llevarme de regreso más rico en experiencia, para estar con todos ustedes nuevamente. No puedes concebir nada de este país. Ningún cuento real que tengas puede darte la mitad de una idea. Duplique todo y crea que entonces no conoce la mitad. ■